

LA MUJER Y EL DIABLO

clark carrados



Una ligera neblina difuminaba los contornos de los objetos y abrillantaba el asfalto con su humedad. De cuando en cuando, un soplo de viento aclaraba el ambiente, pero a poco, la neblina, con insidiosa lentitud acababa por enseñorearse de la noche y las casas y las pocas personas que circulaban en aquellos momentos por la calle volvían a adquirir de nuevo su aspecto irreal y fantasmagórico.

El rumor de un coche que se acercaba al extremo de la calle rompió de pronto el opaco silencio. Se oyó claramente el siseo de las gomas al rodar por encima del reluciente asfalto y sus faros apuñalaron la neblina, semejando las pupilas de un animal monstruoso que salía de su cubil por las noches para buscar sus piezas de caza.

El automóvil se detuvo al fin frente a un edificio aislado, rodeado por un pequeño jardín enmarcado por una valla baja de madera pintada de blanco. Junto a la puerta se hallaba el poste que sostenía el buzón para el correo del dueño de la mansión, en uno de cuyos lados se veía el nombre y el número de la calle.



Clark Carrados

La mujer y el diablo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 746

ePub r1.0
LDS 04.11.17

Título original: *La mujer y el diablo*
Clark Carrados, 1964
Cubierta: José Curtiella
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Una ligera neblina difuminaba los contornos de los objetos y abrillantaba el asfalto con su humedad. De cuando en cuando, un soplo de viento aclaraba el ambiente, pero a poco, la neblina, con insidiosa lentitud acababa por enseñorearse de la noche y las casas y las pocas personas que circulaban en aquellos momentos por la calle volvían a adquirir de nuevo su aspecto irreal y fantasmagórico.

El rumor de un coche que se acercaba al extremo de la calle rompió de pronto el opaco silencio. Se oyó claramente el siseo de las gomas al rodar por encima del reluciente asfalto y sus faros apuñalaron la neblina, semejando las pupilas de un animal monstruoso que salía de su cubil por las noches para buscar sus piezas de caza.

El automóvil se detuvo al fin frente a un edificio aislado, rodeado por un pequeño jardín enmarcado por una valla baja de madera pintada de blanco. Junto a la puerta se hallaba el poste que sostenía el buzón para el correo del dueño de la mansión, en uno de cuyos lados se veía el nombre y el número de la calle.

En la esquina había un farol que arrojaba vacilantes sombras sobre el contorno. Las sombras aumentaron al extinguirse la luz de los focos del vehículo.

Se abrió la puerta y el tripulante sacó las piernas, para salir fuera del coche. En aquel momento, el pie del farol pareció dividirse en dos.

Una sombra negra avanzó rápidamente hacia el automóvil. El silencio de la noche quedó roto por el sonoro repiqueteo de unos tacones de mujer.

El ocupante del automóvil salió fuera en el mismo momento en que la mujer se detenía frente a él.

—¡Johnson! —llamó ella.

El hombre se volvió, sorprendido de que alguien pronunciase su nombre a semejantes horas de la noche. Forzó la vista, sin conseguir captar los rasgos de la cara femenina, en parte porque ella daba la espalda al farol y también porque llevaba un sombrero de extraña factura, cuyas alas proyectaban una densa sombra sobre sus facciones. Con la mano izquierda, la mujer, que era de elevada estatura, se sujetaba el cuello de piel del abrigo negro que vestía, cuya piel le llegaba hasta la nariz.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que desea? —preguntó Johnson.

Ella dio un paso más, situándose casi junto al hombre.

—¿No me recuerdas? —dijo—. Soy Samara Ulhdin.

Johnson pegó un respingo.

—¡Señora Ulhdin!

—Así es, en efecto —contestó ella—. Soy la viuda del hombre al que tú y tres canallas más asesinasteis para apoderaros de la fortuna que había obtenido con su invento. ¿También te has olvidado de esto, Uriah Johnson?

A través de la piel, la voz de la mujer sonaba un tanto inarmónica, como si saliese del fondo de una tumba. A pesar de que la temperatura no era ciertamente benigna, Johnson empezó a sudar de pronto.

—Se equivoca usted, señora —dijo, tartamudeando—. Yo… Nosotros no…

—No hay error posible, Uriah Johnson —atajó ella—. Pudisteis escapar a la justicia humana, pero ninguno os libraréis de mi venganza. Y tú vas H ser el primero.

—¡Eli! ¿Qué demonios pretende usted? Si lo que quiere es dinero…

—La sangre no se compra con dinero, Johnson —dijo la mujer.

De pronto avanzó la mano derecha y apoyó algo en el pecho de Johnson. Este quiso lanzar un grito.

El revólver estalló directamente sobre la gruesa tela del abrigo. Johnson sintió como una lanza de fuego que le atravesara el pecho de parte a parte. Tan vivísimo fue el dolor, que no sintió la penetración del segundo disparo.

Las piernas se le doblaron. El mundo empezó a girar en torno suyo; el farol, la niebla, la casa, la valla…

Caminó tres o cuatro pasos torpemente, extendiendo las manos para buscar un asidero. De pronto, todo se hizo oscuro en torno suyo. Ni siquiera se enteró ya de que yacía doblado en dos, apoyado por el vientre sobre los agudos picos de la valla de madera de su propio jardín.

La mujer guardó el revólver en un bolsillo interior de su abrigo. Acercándose al cadáver, se inclinó sobré él y manipuló durante algunos segundos en su mano derecha. Luego se irguió y miró a todos los lados.

Las detonaciones habían resonado muy poco, debido a que la boca de fuego había estado colocada sobre la ropa de Johnson. Con toda tranquilidad, se arrebujó en el abrigo y emprendió la marcha con paso rápido, pero no excesivamente acelerado.

El ruido de sus tacones se extinguió lentamente envuelto por la neblina.

CAPÍTULO II

Al entrar en la Jefatura de Policía de Gleasonville, un agente uniformado detuvo a Bram Rynfall.

—¡Teniente! El jefe le aguarda en su despacho —manifestó el policía—. Dice que es urgente.

—Gracias, Mac —contestó el oficial—. ¿Sabe de qué se trata?

—Creo que de algo relacionado con un asesinato que se cometió la noche pasada. Pero no me pregunte más; eso es todo lo que sé.

—Está bien, Mac.

Rynfall continuó su camino. Era un hombre joven, fornido, de planta atlética, cuyos hombros parecían iban a desbordar en cualquier momento las ropas que cubrían su poderoso torso. Se quitó el sombrero y lo sacudió para expulsar unas gotas de lluvia, dejando al descubierto unos cabellos cortos, espesos y erizados, de vivo color pajizo. Debajo de su espaciosa frente se divisaban dos ojos azules, de mirada dura y fría cuando convenía.

El ascensor de la Jefatura le llevó al piso quinto, donde el jefe tenía su despacho. Salió del elevador, recorrió unos cuantos metros y se detuvo al fin ante una puerta, cuyo rótulo indicaba que aquél era el *sancta sanctorum* del jefe de todas las fuerzas policíacas de Gleasonville.

Tocó con los nudillos en la puerta. Un tremendo vozarrón sonó inmediatamente al otro lado.

—¡Pase!

Rynfall sonrió. El trueno que acababa de escuchar delataba, para los expertos, el humor que poseía a Jason Scott, comisario jefe de la policía de Gleasonville. Empujó la puerta y cruzó el umbral.

—¿Jefe? —saludó el joven, avanzando a través de lo que parecía ser un interminable despacho.

—Hola, Rynfall —gruñó Scott—. Tome asiento y dispóngase a no sentarse más en una buena temporada. Al menos, hasta que me haya resuelto este caso. Fume si le place.

Scott era un hombre de cincuenta y cinco años, completamente calvo, de regular estatura y rostro avinagrado, que encubría sus verdaderas cualidades de bondad para con sus inferiores, lo cual no excluía la firmeza y la rectitud en todo momento. Rynfall, como todos, sabía que podía chillar a su jefe si se tenía la razón, pero en caso contrario era preciso taponarse los oídos. Aspiró el humo del pitillo y aguardó.

—Anoche, poco antes de las once, fue asesinado un prominente ciudadano —habló Scott con su habitual voz gruesa y potente—. Se llamaba Uriah Johnson y era uno de los directivos de la empresa más fuerte y que más prestigio da a nuestra ciudad. Me refiero, naturalmente, a la *Ulhdin Gyroscope Company*, cuyas actividades debe usted conocer sobradamente.

—Así es —reconoció él joven.

—Bien, como puede suponerse, el asesinato de Johnson ha causado una tremenda conmoción en la ciudad. El Departamento quedará en muy mal lugar si no hallamos pronto al asesino y lo entregamos a la justicia para que le sea aplicada la pena correspondiente.

—Por supuesto, señor Scott.

—Johnson —prosiguió el jefe— murió de dos balazos disparados a quemarropa. Las detonaciones apenas se oyeron porque, según se ha podido apreciar en los exámenes correspondientes, el asesino apoyó la boca de su pistola en la tela del grueso abrigo que usaba Johnson. Esto hizo a modo de silenciador… Aparte de que Johnson vivía en uno de los barrios extremos de la ciudad, poco frecuentados a las once de la noche, como puede comprender.

—Es verdad —convino Rynfall.

Scott desplegó una serie de fotografías delante de los ojos del joven. Rynfall examinó las imágenes que los fotógrafos policiales habían tomado del cadáver y se extrañó de la rara postura en que había quedado Johnson después de morir.

—Ése es su caso —indicó Scott—. Prepárese a solucionarlo o de lo contrario, ya podemos considerarnos los dos como dimitidos. Johnson era una persona de peso en la ciudad y los periódicos nos

pondrán verdes si no conseguimos atrapar a su matador.

—Pero ¿no hay ningún indicio, ninguna huella, que pueda darnos una pequeña pista? —preguntó el joven.

—Sólo uno. Esto.

Rynfall hubo de forzar la vista para poder ver lo que sostenía su jefe con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Ya ha sido analizada —declaró Scott—. El laboratorio indica que pertenece, a una mujer, morena, no faltaría más, puesto que el cabello es intensamente negro, que no es teñido y que la mujer es joven y está en la plenitud de su vida, ya que no se advierten síntomas de decaimiento físico causado por la edad.

—¿Un crimen pasional? —sugirió el teniente.

—Es muy posible —convino el jefe—. Lo raro es que a Johnson no se le conocían devaneos… No estaba casado, y parece ser, era un hombre muy formal y enamorado de su trabajo, como ingeniero director de la cadena de montaje de giróscopos de su compañía, de la cual era también accionista. Dado que los disparos fueron hechos a quemarropa, como ya he dicho, cabe que al vacilar, quisiera agarrarse a algo y en ese momento sus dedos arrancaran algunos de los cabellos de su asesina, uno de los cuales fue hallado por los expertos al hacer un detallado reconocimiento de su cuerpo.

—¿Y qué dice el forense de la autopsia?

—Fueron halladas en su cuerpo dos balas calibre treinta y dos, procedentes de un revólver de los que las damas suelen usar para su defensa personal, lo cual refuerza la hipótesis del crimen pasional.

—Bien —suspiró Rynfall—, entonces tendremos que hacer lo que recomiendan los franceses: Buscar a la mujer.

—Exactamente —contestó Jason Scott.

Al salir de la Jefatura, Bram Rynfall se detuvo unos momentos en la acera, completamente perplejo acerca de lo que debía hacer. El comisario le había facilitado más datos acerca del muerto y de sus relaciones, pero no sabía por dónde empezar ni qué rumbo dar a sus pesquisas. Dábase cuenta de que se encontraba ante un crimen de solución nada fácil, pero ello contaba poco ante la relevante personalidad del asesinado. Había podido leer las primeras planas de los dos periódicos que se editaban en Gleasonville y el escándalo que había provocado la muerte de Johnson era bastante grande, como Rynfall no recordaba se hubiera producido nunca, al menos,

en los doce años que él llevaba en el oficio.

Se colgó un cigarrillo de los labios. Aspiró el humo pensativamente en el momento en que un hombre se le acercaba a través de la acera.

—¿Teniente? —Tratábase de un sujeto de cerca de cuarenta años, menudo, casi endeble, pero dueño de una envidiable inteligencia y conocedor de una serie de trucos policiales, que le hacían ser poco menos que indispensable en toda investigación profunda.

Rynfall sonrió.

—Ah, hola, Stack. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor —contestó el sargento—. El jefe me ha dicho que le ayude.

—Una buena idea, evidentemente —aprobó el joven, complacido—. Tendré necesidad de sus conocimientos, puede estar seguro.

Stack se esponjó.

—Haremos lo que se pueda, señor —respondió—. Tengo el coche listo y… ¿por dónde empezamos?

Rynfall reflexionó durante unos segundos.

—¿Qué le parece interrogar a alguno de los peces gordos de la *Gyroscope*?

—Una idea excelente, señor —contestó Stack muy serio.

Treinta minutos más tarde detenía el coche ante una puerta enrejada al otro lado de la cual se divisaban dos guardias uniformados, ambos armados con sendas pistolas colgando del cinto. La naturaleza de los trabajos que se llevaban a cabo en la fábrica exigía una constante vigilancia.

Rynfall se apeó y se acercó a la puerta. Sacó su insignia y dijo a uno de los guardias:

—Soy el teniente Rynfall, de la Jefatura de Policía. Deseo hablar con el señor Eaker, a propósito del asesinato del señor Johnson.

—Bien, teniente. Aguarde un momento, por favor.

El guardia se retiró al interior de la caseta que había a un lado de la puerta y habló brevemente por teléfono, saliendo a poco.

—Pueden pasar —dijo—. Sigan recto por la avenida central y tuerzan luego a la derecha. Verán fácilmente el edificio de la administración.

—Gracias.

Rynfall regresó al coche. El otro guardia manejó el mando eléctrico de apertura y la puerta se deslizó silenciosamente sobre unos rieles bien engrasados.

Mientras Stack conducía el coche con relativa lentitud, Rynfall admiró la vasta serie de construcciones que componían el complejo industrial de la fábrica, tras cuyos muros podía adivinarse una actividad extraordinaria. No había edificios altos, ni ninguno mayor de dos plañías, salvo una gran torre situada en el ángulo noroeste del recinto, que parecía ser la estructura sustentadora de un gran depósito de agua.

Había numerosos camiones cargando en distintos sitios, cada uno de los cuales estaba vigilado por dos guardias, arma al puño. Era fácil comprender los motivos de aquella activa vigilancia, si se pensaba que de la fábrica salían la mayoría de los sistemas direccionales de órbita tanto de los satélites, artificiales, como de los cohetes de la defensa nacional. Rynfall pensó que la muerte de Johnson debía haber causado en el Pentágono el mismo efecto de una piedra en un estanque de aguas quietas y se dijo que tendría que moverse con gran actividad, si no querían que el
F. B. I.
les suplantase en las investigaciones.

De repentes se le ocurrió la hipótesis de que tal vez el cabello femenino encubriese otros motivos muy distintos del crimen. ¿Espionaje?

Era una posibilidad digna de tenerse en cuenta y lo liaría a su debido momento. Por ahora, le interesaba mucho más adquirir informes de Carl Eaker, director administrativo de la empresa.

Poco después, una secretaria de rostro consternado les introducía en el despacho de Eaker.

Al cruzar el umbral, Rynfall creyó hallarse en una habitación de las que pintaban los dibujantes de historietas de ciencia-ficción, tal era el modernismo de su decoración y de sus muebles. Al fondo, en el lado opuesto, una serie de fajas de vidrio que llegaban del techo al suelo, colocadas en
zig-zag
vertical, a modo de mampara corrugable, ocupaba todo un lienzo del muro, proporcionando así una espléndida iluminación natural a

la pieza.

Detrás de una vasta mesa, de audaz diseño, sustentada por cuatro patas que más parecían hilos de metal, tal era su delgadez, había un hombre de mediana edad que casaba muy poco con la osadía de la habitación. El aspecto del individuo no podía ser más corriente; incluso el traje le sentaba mal y la corbata estaba desastrosamente anudada en un cuello de camisa arrugado y demasiado usado.

—¿Señor Eaker? —saludó el joven—. Soy el teniente Rynfall, de la Jefatura de Policía. Éste es mi ayudante, el sargento Stack.

—Encantado de conocerles —dijo Eaker con voz chirriante—. Tengan la bondad de sentarse.

—Gracias. Supongo —añadió Rynfall— que se imagina cuál es el motivo de nuestra visita.

—Desde luego —respondió Eaker—. Y a fin de ahorrarles tiempo, les diré que conozco al asesino de mi gran amigo Uriah Johnson.

CAPÍTULO III

Rynfall y el sargento cambiaron una rápida mirada entre sí al escuchar las sorprendentes palabras del individuo. El joven hubo de esforzarse para no mostrar al exterior el asombro que sentía.

—Una excelente noticia, señor Eaker —comentó educadamente.

—En efecto —dijo el individuo—. El asesino, asesina, mejor dicho, es una mujer. Samara Ulhdin.

—¿Hermana de alguien relacionado con la fábrica? —preguntó el joven.

—No. La viuda del hombre que dio su nombre a la empresa.

—Explíquese, por favor —rogó Rynfall.

—Le diré. Alex Ulhdin inventó un nuevo giróscopo, cuya patente presentó y obtuvo a su debido tiempo. Altos personajes del Pentágono, acompañados de técnicos de cuya capacidad no puede dudarse, efectuaron numerosas pruebas del giróscopo Ulhdin, con el resultado de que obtuvimos un importantísimo contrato, que es el que nos ha permitido levantar en muy pocos años este gran complejo industrial, que sirve casi exclusivamente a la Defensa Nacional.

»Claro está —siguió Eaker—, en los primeros tiempos, Alex Ulhdin carecía del capital necesario para llevar a cabo siquiera las primeras fases de la instalación de la fábrica, y por oirá parte, el Gobierno no le concedía créditos, a menos que una serie entera de giróscopos basados en el prototipo hubiese entrado en funcionamiento, con resultados satisfactorios. Usted debe saber, teniente, que el comportamiento de una pieza fabricada en serie es muy distinto, en los primeros momentos, al del prototipo. Ha de pasar bastante tiempo hasta que una pieza de serie funcione tan a la perfección como el prototipo y esto requiere una serie de pruebas y

trabajos, que la economía particular del profesor Alex Ulhdin no estaba en condiciones de sufragar.

—Así debe ser —concedió Rynfall con una sonrisa—, aunque he de confesar que soy profano en la materia. Pero siga, por favor, señor Eaker.

—Pues bien —continuó el aludido—, entonces fue cuando Ulhdin entró en contacto con nosotros y constituimos la sociedad que lleva su nombre. Éramos cuatro, aparte de él, cada uno de los cuales aportamos una suma de dinero adecuada a nuestras posibilidades, y junto con el inventor constituimos esta sociedad. Yo soy el director administrativo; Uriah Johnson era ingeniero de montaje y quedan otros dos socios: Nab Wasser, jefe de relaciones públicas y propaganda, y Tom Mac Nulty, también ingeniero y supervisor de la fase final de montaje. Hace tres años, Ulhdin se mató en un accidente de automóvil. Su viuda nos acusó de asesinato para quedarnos con la patente, y naturalmente, las regalías y beneficios de la misma, y juró que un día se vengaría de todos nosotros.

»Por supuesto, no creímos en las palabras de una mujer enloquecida por el dolor, pero ahora he podido darme cuenta de que, en efecto, no hablaba solamente por la ira que le causaba una creencia errónea, sino que tenía el firme propósito de llevar sus palabras a vías de hecho, como así ha sucedido. Por lo tanto, oficial, quiero que sepa que acuso formalmente a Samara Ulhdin de haber cometido la muerte de Uriah Johnson —terminó Eaker con voz altisonante y campanuda.

Rynfall meditó unos momentos acerca de las palabras que acababa de escuchar. Luego dijo:

—Me parece un poco extraño que la señora Ulhdin haya esperado tanto tiempo para dar comienzo a su venganza. Lo lógico, dentro de la lógica que pueda tener una acción semejante, hubiera sido cometer su crimen al poco tiempo de la muerte de su esposo. Tres años, aunque no es un plazo excesivo, representan un tiempo más que suficiente para que una pena se suavice bastante, al menos, tanto como para olvidar las frases pronunciadas en un momento de natural exasperación. ¿Qué me dice usted al respecto, señor Eaker?

El director se encogió de hombros.

—No tengo la menor noticia —respondió—. ¿Por qué no se lo

pregunta usted a ella directamente?

—¿Acaso conoce el domicilio de la señora Ulhdin? —preguntó Rynfall, bastante sorprendido.

Por toda respuesta, Eaker tomó un lápiz y garrapateó unas líneas sobre una hoja de un bloc, que entregó al policía, después de arrancaría con gesto enérgico.

—Vaya a verla e interróguela. Estoy seguro de que acabará confesando, teniente.

Rynfall leyó las palabras escritas en el papel, que guardó acto seguido en el bolsillo de su impermeable. A continuación volvió a hablar:

—Antes dijo usted queda señora Ulhdin les acusó de haber robado a su esposo la patente del giróscopo que inventó. ¿Qué hay sobre ese asunto?

Eaker enrojeció ligeramente. Bajó un momento los ojos y luego dirigió al policía una mirada carente de seguridad.

—Verá, teniente —contestó—. Cuando se estableció la sociedad, se hizo bajo la cláusula de que la patente pertenecería a la misma, así como todos los beneficios que pudieran obtenerse de su explotación y que serían repartidos de una forma proporcional entre los cinco miembros de la sociedad, de acuerdo, claro está, con la cantidad que cada uno de nosotros había aportado. Estimamos, de común acuerdo, que la participación de Ulhdin supondría un veinticinco por ciento… y eso fue todo.

—Un momento —objetó Rynfall—. Parece deducirse de sus palabras que si alguno de los socios moría, los demás se repartirían los beneficios obtenidos con posterioridad a su fallecimiento.

—Así es —reconoció Eaker de mala gana.

—Y, por lo tanto, ese veinticinco por ciento perteneciente a Ulhdin, se reparte ahora entre ustedes cuatro…, perdón, a partir de ahora, entre los tres supervivientes, en una proporción adecuada a las aportaciones iniciales.

—Exactamente.

Era evidente que Eaker contestaba con muy poco entusiasmo a los requerimientos del joven. Rynfall supo así que la muerte de Johnson había planteado una situación más bien incómoda para los supervivientes, al airearse un contrato redactado en forma relativamente poco usual y bastante alejado de lo que se estima

como honesto en los negocios.

—De modo que, a partir de la muerte de su esposo, la señora Ulhdin no ha percibido un solo centavo por los beneficios obtenidos de la explotación de la patente del giróscopo.

—De acuerdo con las cláusulas del contrato, así ha sido —confesó Eaker—. Al parecer —añadió—, Alex Ulhdin no la había informado de la manera en que estaba redactado el contrato, puesto que murió apenas iniciada la puesta en marcha de la fábrica, encuentro lógico hasta cierto punto que se sintiera despechada por perder lo que bien puede llamarse una auténtica fortuna. Pero el profesor Ulhdin tenía ya más de sesenta años cuando murió y sabía lo que se firmaba.

—Es posible —convino el joven—. Sin embargo, no debemos olvidar que Ulhdin era un científico, y por regla general, los científicos están muy alejados de la realidad y no digamos ya de los asuntos financieros, especialmente de los de altos vuelos, como el presente.

—Si nos reprocha que le engañamos —dijo Eaker enojado—, sepa usted que todos corremos el mismo riesgo. Estimamos que lo mejor era constituir la sociedad bajo esas bases y no hubo oposición alguna cuando se redactó y firmó el contrato.

—Pero Ulhdin era el inventor y… Bien —se interrumpió el joven un tanto desalentado, diciéndose que su obligación no era entrar en las interioridades financieras de una gran sociedad, sino buscar a un asesino—, esto ya no me interesa tanto. ¿Insiste usted en acusar a la señora Ulhdin como autora de la muerte de Uriah Johnson?

—Formalmente, oficial —contestó Eaker con rigidez.

Rynfall se puso en pie.

—Antes de proceder, no obstante —dijo—, desearía hablar con los dos socios supervivientes, señor Eaker. ¿Puede usted facilitarme sus direcciones o están aquí, en la fábrica?

Eaker volvió a escribir en un papel, que entregó al joven.

—Éstas son las señas de Nab Wasser —dijo—. Trabaja en el centro de la ciudad, debido a la índole de su puesto en la sociedad. En cuanto al señor Mac Nulty, se encuentra actualmente ausente de Gleasonville, aunque ya le hemos avisado y creemos llegará dentro de dos o tres días.

—¿Dónde está el señor Mac Nulty? —preguntó Rynfall.

—En la Universidad de California, siguiendo un curso de entomología.

Rynfall se quedó boquiabierto.

—¿Entomología? Eso es cosa de los insectos, ¿no? —dijo, más desconcertado que aturdido.

—En efecto, teniente.

—Pero, no entiendo; él es ingeniero…

Eaker sonrió con aire de superioridad.

—Teniente, aunque no lo parezca, hay algunos insectos que tienen relación con los trabajos que realizamos en esta fábrica. Nuestros giróscopos sirven para orientar y mantener el rumbo de aeronaves, astronaves y cohetes. ¿No ha oído hablar nunca del prodigioso instinto de las abejas que les hace volver siempre a su misma colmena? ¿Y las hormigas, se equivocan alguna vez de hormiguero, aunque haya otros que pertenezcan a la misma especie? El señor Mac Nulty tiene algunas ideas al respecto sobre los órganos de orientación de determinados insectos y cree que podrían serle de utilidad para perfeccionar aún más nuestros productos. Por eso se halla en la Universidad, pero, repito, en dos o tres días lo tendremos nuevamente de vuelta.

Rynfall ya no habló hasta hallarse fuera de la fábrica. Entonces, se dirigió a su ayudante y le preguntó:

—¿Qué opina usted de todo esto, Stack?

—Sencillamente, que si alguna vez se firmó un contrato lleno de trampas, es éste —dijo resueltamente el sargento—. Y aunque no disculpo a la señora Ulhdin, la entiendo.

—Suponiendo que haya sido ella la autora.

—¿Cómo, teniente?

—No es la primera vez que una persona profiere amenazas de muerte contra otra y luego un tercero se aprovecha de tal circunstancia para saldar viejas y casi siempre, desconocidas cuentas pendientes.

—Eso es verdad —reconoció el buen sargento—. Pero tenemos el cabello negro que se encontró en la mano de la víctima y que es de mujer. Este detalle parece confirmar la acusación de Eaker.

Rynfall se pellizcó el labio inferior pensativo.

—Un cabello negro —repitió—. Oiga, ¿cuántos años tenía Ulhdin en el momento de morir?

—Sesenta y cinco, creo, señor.

—Lo cual significa que ahora debería tener sesenta y ocho, si viviese. Su mujer, su viuda, perdón, debe tener una edad muy aproximada, pongamos algunos años menos. Pasado el medio siglo es ya una edad para que empiecen a blanquear los cabellos de una persona… y el que se encontró en la mano del cadáver no estaba teñido y pertenecía a una mujer joven, según el informe del laboratorio. ¿Cómo se explica usted eso, Stack?

—Viendo a la viuda saldremos de apuros, ¿no le parece, señor? —observó el sargento juiciosamente.

—En efecto, pero la veré yo solo —dispuso Rynfall. Sacó el papel con la dirección de Wasser y se lo entregó al sargento—. Después de que usted me haya dejado en el 881 de Eastern Road, que es donde vive la señora Ulhdin, usted va a entrevistarse con Nab Wasser. Nos reuniremos más tarde para cambiar impresiones en el restaurante que hay frente al edificio del *Tribune News.*

—Un sitio demasiado concurrido por periodistas. —Stack hizo una mueca de desagrado.

—Es que quiero hablar con uno de ellos, buen amigo mío, para que me de más detalles acerca de la *Ulhdin Gyroscope* —contestó el joven, ante lo cual, el sargento ya no encontró ninguna objeción que presentar.

CAPÍTULO IV

Bram Rynfall no tuvo que esperar mucho tiempo después de haber presionado el timbre de llamada. Pocos segundos después, la puerta se abrió y una mujer joven y hermosa apareció ante sus ojos.

—¿La señora Ulhdin? —preguntó el policía.

—Yo soy —contestó ella en tono sosegado, a la vez que le miraba inquisitivamente.

Apenas si Rynfall pudo contener el asombro que sentía al ver a la mujer que tenía frente a sí. Estaba preparado para todo, menos para encontrarse frente a una mujer joven, de unos veinticinco o veintiséis años, de elevada estatura y formas estatuarias, ojos intensamente negros y cabello casi azulado, a fuerza de ser también negro, liso y estirado hasta la nuca, en donde se recogía en un gran nudo, sujeto por horquillas invisibles. El rostro era un óvalo perfecto, muy blanco, en el que destacaban los labios, de una vivida coloración natural, sin intervención de la química.

La mano que se apoyaba en la jamba de la puerta era asimismo muy blanca, de dedos largos y finos.

Samara Ulhdin vestía extrañamente un traje color púrpura, de sencilla factura, que destacaba reveladoramente los firmes relieves de su anatomía. Su mirada resultaba honda, casi magnética, y el conjunto era perturbador a la par que atrayente en extremo.

—¿Y bien? —dijo ella, con cierta impaciencia, al observar el silencio de su visitante.

Rynfall se estremeció un tanto. Luego, destocándose el sombrero ligeramente, se presentó:

—Me llamo Rynfall y soy teniente del Departamento de Homicidios de la ciudad. Esta noche se ha cometido en Gleasonville un asesinato… acerca del cual desearía hablar con usted, señora

Ulhdin.

Ella se echó a un lado sin dar la menor muestra de emoción.

—Pase usted, teniente —dijo. Le precedió a través de un vestíbulo decorado con buen gusto, sin estridencias excesivamente modernistas, y se detuvo en un pequeño saloncito de recibo, en el que había un diván en forma de L que ocupaba por completo dos de los muros de la estancia.

Al otro lado se veía un aparador con licores.

—¿Una copa, oficial? —sugirió ella—. ¿O es de los que practican inexorablemente el precepto de no beber cuando están de servicio?

—A veces —sonrió Rynfall—, el servicio incluye también la observación de ciertas normas de cortesía, señora.

Ella vertió licor en dos copas balón y le entregó una. Rynfall olió la suya; era un coñac muy viejo, delicadamente aromatizado. El gusto correspondía enteramente al perfume que se desprendía de la copa. Después de entregársela, se sentó en el extremo contrario del diván, contemplándole con expresión entre curiosa y especulativa.

—Estoy aguardando sus preguntas, teniente —dijo.

Rynfall dejó la copa sobre una mesita baja que tenía al alcance de la mano.

—Uriah Johnson ha sido asesinado esta noche —habló por fin.

—Lo sé. Suelo leer los periódicos —contestó Samara sin ningún interés.

—Usted tiene el cabello negro. En la mano del muerto se encontró un cabello negro, señora Ulhdin.

Una débil sonrisa vagó por los labios de la joven.

—Me imaginaba lo que iba a decirme —contestó—. ¿He de preparar un maletín de aseo para ir ya a la cárcel, acusada de asesinato?

Rynfall estaba desconcertado. La singular hermosura de la joven y la tranquilidad y sangre fría, envueltas en una buena dosis de ironía, de que hacía gala, le tenían perplejo y también desorientado. Se había preparado para enfrentarse a una mujer cincuentona, llorosa y gimiente o bien gritadora y protestona, pero no para luchar dialécticamente con una joven que parecía dominarle con las armas de su belleza y su pasmosa calma.

—Todavía no he dicho que sea usted culpable de esa muerte, señora Ulhdin —contestó.

—Pero lo está pensando. Y además —añadió Samara—, se lo han dicho.

—¿Quién? —preguntó Rynfall rápidamente.

Samara terminó el contenido de su copa.

—Uno cualquiera de los tres supervivientes de la sociedad que se constituyó con mi esposo para la explotación de la patente de su giróscopo.

—Eso es verdad —reconoció el joven—. Me lo dijo Eaker.

—Alí, Eaker —repitió ella—. Un individuo astuto como un zorro y desalmado como un león hambriento.

—El señor Eaker sostiene que usted juró vengar la muerte de su esposo. Fue un accidente, aunque al parecer, usted opina todo lo contrario.

Samara le miró a través de sus espesas pestañas negras.

—Los accidentes se pueden simular con gran habilidad, teniente.

—Conforme —admitió Rynfall—. No niego que no hubiera sido la primera vez que una persona es asesinada, simulándose luego un accidente automovilístico, pero están en su contra los juramentos de venganza que hizo y el cabello negro que se halló en la mano del cadáver.

—En todo caso, aun admitiendo lo primero, niego rotundamente que ese cabello sea mío —declaró la joven.

—En tal caso, tendrá usted una buena coartada para librarse de toda sospecha —alegó el policía.

—Anoche estuve en el teatro. Aparte de que todavía están las entradas por algún sitio, puedo indicarle a una persona que estuvo conmigo todo el tiempo, desde las siete y media hasta cerca de las doce de la noche. Los periódicos dicen que la muerte de Johnson se cometió alrededor de las once, ¿no es cierto?

—En efecto —murmuró Rynfall, ocultando valerosamente su decepción—. Pero tendrá que facilitarme el nombre de la persona que la acompañó, a fin de que podamos comprobar la coartada.

—Se trata de mi cuñado, Sam Ulhdin. Si tiene la bondad de aguardar unos minutos, podrá verle aquí, en mi propia casa; precisamente estoy esperando su visita.

Rynfall meditó unos segundos. Si la coartada era legítima, las acusaciones de Eaker caían faltas de base. Era preciso seguir adelante, hasta conocer lo que había en el fondo de aquel asunto

tan extraño.

—¿Puedo hacerle mientras tanto algunas preguntas, señora?

—Todas las que quiera, teniente —permitió ella.

—¿Es cierto que usted profirió aquellas amenazas que me citó Eaker?

Un chispazo de cólera relampagueó en los negrísimos ojos de Samara.

—Quizá esté arrepentida ahora de haberlo dicho, pero en todo caso no tengo por qué negarlo.

—¿Es que se basaba usted para amenazarles?

—Sencillamente, en la canallada que hicieron a mi esposo. No precisamente por mí misma, quiero decir, por los importantes beneficios que perdía de acuerdo con los términos de un contrato redactado con tan poco escrúpulo, sino porque, literalmente, se trataba de una estafa. Legal, pero estafa. Mi esposo había luchado mucho por perfeccionar su invento, pero aquellos cuatro buitres se aprovecharon indignamente de sus esfuerzos de años y años de duro y a veces extenuante trabajo.

—Al parecer, usted desconocía la existencia del contrato.

—Sí, aunque lo correcto sería decir que desconocía los términos en que había sido redactado. Comprenderá que yo suponía que mi esposo había firmado un contrato, aunque, claro, jamás se me ocurrió pensar que sus condiciones fuesen tan leoninas.

—Esas condiciones rigen lo mismo para los restantes miembros de la sociedad —observó el joven.

—Lo cual no me interesa en absoluto. Me interesa, o me interesaba, mejor dicho, la parte relativa a mi esposo. Le engañaron, hablando claro.

—Y usted juró que se vengaría de ellos.

Samara sonrió levemente.

—A veces, el dolor hace proferir frases de las que luego una se arrepiente.

—Pero uno de los que amenazó está muerto.

—Ya le he dicho que tengo una coartada.

Hubo un momento de silencio. Después, Rynfall dijo:

—Ahora voy a hacerle una pregunta de carácter más bien íntimoˆ señora Ulhdin. No está obligada a responderla, pero me gustaría conocer la respuesta.

Ella seguía sonriendo.

—Y a le he dicho que no tengo nada que ocultar, teniente.

—Muy bien —dijo Rynfall—. Entonces… permítame que le haga observar mi extrañeza por un detalle. Cuando murió el profesor, tenía sesenta y cinco años. —La miró apreciativamente—. Como eso sucedió hace tres años, significa que en esa época usted tenía veinte o veintiuno.

Samara rió suavemente.

—Es usted muy gentil al quitarme años, teniente. Tenía entonces veintitrés.

—Y estaba casada con un hombre que le pasaba cuarenta y dos años.

—Sí, en efecto. No es un caso frecuente, pero tampoco extraordinario.

—¿Es usted norteamericana de nacimiento?

—No. Rusa. Ucraniana.

Rynfall respingó.

—Eso es completamente nuevo para mí —dijo.

—Le advierto —contestó Samara— que yo tenía seis años cuando salí de mi país, al cual no he vuelto ni pienso volver, por supuesto.

—¿Cómo ocurrió tal cosa? —preguntó él.

El hermoso semblante de Samara se ensombreció unos instantes.

—Los alemanes invadieron mi país. Mis padres murieron y yo, como tantos otros chiquillos de mi edad, quedé huérfana y sin amparo. Un oficial alemán se compadeció de mí, me recogió y en uno de sus permisos, me llevó a la retaguardia, junto a su padre. Ese oficial volvió luego al frente y murió. Se llamaba Karl María Ulhdin.

—¿Hijo de su esposo?

—Así era —contestó la joven melancólicamente—. El profesor volcó en mí todo el cariño que había depositado en su hijo muerto y me consideró como si yo fuera efectivamente una hija suya. Incluso, a pesar de las perturbaciones de la guerra, pudo conseguir adoptarme con toda legalidad, lo cual le permitió traerme luego a los Estados Unidos cuando abandonó su país natal.

—Pero, es extraño… Su hija adoptiva y luego su esposa…

Samara sonrió.

—Cuando me hice mayor, se enamoró de mí. ¿Quién puede

poner límites a los sentimientos del corazón, teniente?

—Nadie, evidentemente.

—Yo le estaba muy agradecida. No pude rechazar su petición, compréndalo.

—Pero ¿le amaba? Quiero decir con amor de esposa a esposó, no con el cariño que origina un intenso agradecimiento.

El rostro de la joven se tiñó de rubor.

—A veces —dijo— resulta difícil diferenciar tales sentimientos, cuando se ha convivido casi veinte años al lado de una persona. Le quería muchísimo, es todo lo que puedo decirle.

—Y al enterarse de que había muerto y de los términos tan leoninos del contrato, usted amenazó a los cuatro socios con vengarse de ellos.

—Sí —reconoció ella llanamente.

—Aparte del despecho que lógicamente hubo de sentir al enterarse de la forma tan desastrosa, para sus intereses, claro, en que estaba redactado el contrato, ¿qué le hizo presumir a usted que su esposo había sido asesinado?

Samara demoró la respuesta unos segundos.

—Es muy sencillo, teniente. Mi marido murió en un accidente automovilístico.

—Eso es lo que tengo entendido.

—Y murió solo, al volante de su coche.

—Usted lo sabe mejor que yo, señora Ulhdin.

—Pero Alex no sabía conducir, teniente.

CAPÍTULO V

Un denso silencio gravitó en el saloncito después de las últimas palabras de la joven. Rynfall la miró como si no quisiera dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—No sabía conducir —repitió aturdido.

—Por extraño que pueda parecer, así es —afirmó Samara—. Hay hombres para los cuales los mandos de un automóvil son cosa que les inspira un horror invencible. Mi esposo era uno de ellos.

—¿Era suyo el coche?

—Sí.

—Entonces, ¿tenía chófer asalariado?

—No. Conducía yo habitualmente. Menos ese día, claro.

—¿Dónde se produjo el accidente?

—A quince millas de aquí, en un lugar muy peligroso de la carretera del Oeste, con numerosas curvas y barrancos. El automóvil cayó en uno muy profundo.

Rynfall meditó unos instantes. La noticia era completamente nueva para él.

Si Samara tenía razón, sería preciso investigar detenidamente aquel accidente. Alguien lo había calificado como tal, sin entretenerse en demasiadas averiguaciones. Cuando regresara a la Jefatura tendría que examinar con todo cuidado el expediente de aquel suceso, dado que, de accidente, podía convertirse en crimen. ¿Era que Samara dijo la verdad cuando acusó a los socios de su esposo de asesinato?

El zumbador de la puerta sonó de pronto. Samara se puso en pie.

—Debe ser mi cuñado. Dispénseme unos momentos, teniente.

—No faltaría más.

Samara vino poco después, acompañada de un sujeto que ya

había doblado el cabo del medio siglo, delgado, de mediana estatura, con unos pocos cabellos sobre su cabeza alargada, y de mirada aguda y suspicaz a un tiempo.

—Sam, te presento al teniente Rynfall. Teniente, Sam Ulhdin, el hermano de mi esposo.

Los dos hombres se saludaron con sendos movimientos de cabeza.

—Estoy enterado de lo que sucede —manifestó el recién llegado —. Puedo afirmar, bajo juramento, que la señora Ulhdin no se separó de mí desde las siete y media de la tarde de ayer hasta las doce de la noche, aproximadamente.

Rynfall reflexionó durante unos segundos.

—Señora Ulhdin, señor Ulhdin —dijo—, ¿podrían ambos escribirme, sobre sendos papeles y en habitaciones aparte, de modo que no puedan comunicarse, los pasos que dieron a partir de las siete y media de la tarde hasta el momento de su separación?

Sam Ulhdin se asombró un poco, aunque no tardó en rehacerse.

—No faltaría más —dijo—. Te traeré papel, Sahara.

—Gracias —contestó ella.

Rynfall permaneció silencioso mientras Samara escribía delante de él. La joven fue rápida y cinco minutos más tarde, le entregaba una cuartilla escrita.

Ulhdin vino poco después. Rynfall guardó ambas cuartillas y dijo:

—Compararé los resultados más tarde. Entretanto, señora Ulhdin, le ruego no abandone la ciudad.

—No pienso hacerlo, teniente.

Rynfall se dirigió hacia la salida, acompañado por la joven. De pronto, cuando ya estaba a punto de marcharse, se volvió hacia ella.

—Señora Ulhdin, la coartada parece desmentir las acusaciones del señor Eaker, pero opino que debería usted apoyarla con otra prueba más concluyente.

—Usted dirá, teniente.

—Haga el favor de darme uno de sus cabellos. El laboratorio de la policía lo comparará con el que se encontró en la mano del muerto y éste será un resultado irrefutable que acabará por destruir cualquier sospecha en contra suya.

Samara pareció sorprenderse unos instantes. Luego, rehaciéndose, entregó al joven lo que le pedía. Rynfall guardó cuidadosamente el cabello en su pañuelo de pecho, tras de lo cual salió de la casa y se encaminó al lugar de la cita con el sargento Stack.

Tuvo que esperar media hora. Stack apareció con aire de decepción.

—Siéntese, sargento —indicó el joven—. Ahora le servirán una taza de café. ¿Qué ha averiguado?

—Nab Wasser es desde luego, un verdadero «public relations» —contestó el buen Stack—. Hábil, astuto, inteligente, buen conversador… a pesar de todo, pude arrancarle algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Sí, afirma que la señora Ulhdin les amenazó, pero no cree que sea capaz de llevar a cabo sus amenazas.

—¿Por qué?

Stack se encogió de hombros.

—Dijo que era una opinión personal, teniente.

—¿Le señaló algún sospechoso?

—Según parece, a pesar de lo que se suponía, Johnson era bastante aficionado al bello sexo. Siempre andaba con líos de faldas, usted ya me entiende.

—¡Desde luego! Y en tal caso, tendremos que investigar sus amistades femeninas, ya que la señora Ulhdin ha presentado una coartada y parece muy sólida.

—Diablos —respingó el sargento—. Eso deja a Eaker en muy mal lugar.

—Aparentemente, sí —contestó el joven—. Pero conviene no olvidar que una de las personas que corrobora la coartada es el propio cuñado de la señora Ulhdin. Esto no es suficiente, aunque sí la favorece.

—Por supuesto —convino el sargento pensativamente.

—Pero todavía hay más. Usted recordará que el profesor Ulhdin murió en un accidente de automóvil.

—Sí, en efecto.

—El profesor no sabía conducir, Stack.

El sargento hizo una mueca.

—Esto se pone cada vez más complicado, teniente. ¿Quién

investigó el accidente?

—Eso es lo que usted me va a averiguar en la División de Tránsito, Stack. Al mismo tiempo —sacó el pañuelo— llevará el cabello que hay aquí dentro para compararlo con el que se encontró en la mano del muerto. Pertenece a la señora Ulhdin y quiero saber si son iguales.

—Bien, señor. Lo haré enseguida.

—Yo me quedo aquí —manifestó Rynfall—. Quiero hablar con mi buen amigo Jimmy Crory, el periodista. Creo —terminó—, que con eso tendrá usted suficiente para todo el día de hoy. Le veré a primera hora en mi oficina.

—Bien, señor.

Al marcharse el sargento, Rynfall sacó nuevamente las dos cuartillas que habían escrito Samara y Sam Ulhdin, estudiándolas detenidamente. Sí, los movimientos de ambos en la noche anterior, coincidían por completo, con algunas ligeras diferencias de minutos, que no podían tener importancia alguna.

Se fijó en un detalle. A las once y diez, los dos habían estado tomando unas copas en el «Circle's», un bar distinguido que se hallaba en las inmediaciones del teatro. Rynfall se dijo que resultaría conveniente interrogar al barman; podía ocurrir que Samara y su cuñado se hubiesen puesto de acuerdo ya desde la noche anterior para contestar con idénticas palabras a las posibles preguntas de la policía. Sam Ulhdin respondía por Samara, pero ¿quién respondía por Sam Ulhdin?

Jimmy Crory le contó algunas cosas muy interesantes de la *Ulhdin Gyroscope Co.*, que si bien no parecían tener relación con el crimen, más adelante tal vez podían resultarle útiles. Después de un buen reto de charla con su amigo el periodista, abandonó el café y salió a la calle.

Se ajustó el sombrero, ciñéndose más el cinturón de la gabardina. Una fina llovizna pulía el asfalto, convirtiéndolo en un espejo en el que se reflejaban las luces multicolores de los rótulos y de los escaparates. Pasó un taxi y lo detuvo, haciendo que le llevase al «Circle's».

Tratábase de un establecimiento pequeño pero lujoso, de aspecto

íntimo, con luces indirectas que proporcionaban una penumbra cómplice al ambiente. Los vidrios de los ventanales aparecían empañados a causa de la humedad.

Se acercó al mostrador y pidió una copa. Cuando se la servían, detuvo al *barman.*

—Quiero hablar con usted, amigo.

El hombre le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Sí? —dijo.

—Soy el teniente Rynfall, de la Jefatura de Policía. Estoy interesado mucho en saber si dos personas estuvieron anoche aquí, haciendo una consumición después de salir.

El barman meneó la cabeza.

—Lo siento tantísimo, teniente. Creo que no voy a poder facilitarle la información que me pide.

—¿Por qué? —se extrañó el joven.

—Tengo el turno de día. Mi compañero Rick es el que se ocupa de despachar a partir de las siete de la tarde. —El barman meneó la cabeza—. Por cierto que ya tenía que estar aquí; son las siete y cuarto y no comprendo su retraso.

Rynfall abonó el importe de su consumición.

—Esperaré a que llegue. Haga el favor de avisarme apenas lo haga y envíeme la copa a la mesa del rincón de la derecha.

—Bien, teniente.

El joven se sentó. Se quitó el sombrero, desabotonó el impermeable, sacó un cigarrillo y lo encendió, una hora más tarde, aún continuaba en el mismo sitio.

Impaciente, se puso en pie y se acercó de nuevo a la barra.

—Su compañero parece que no va a venir —dijo.

El barman estaba bastante nervioso.

—Sólo eso me faltaría —gruñó—. Tengo a mi mujer en la cama y…

—Bien, en tal caso, iré yo a verle en persona. Dígame su nombre completo y su domicilio, por favor.

—Richard Blatt, calle 9 Oeste, 300.

—Gracias. —Rynfall dejó un billete sobre el mostrador y salió a la calle.

Un taxi le condujo a su destino al que llegó minutos más tarde. Aunque relativamente pequeña en habitantes, Gleasonville ocupaba

un área bastante extensa, debido a la prohibición general de edificar casas con alturas superiores a los ocho pisos. El joven la consideraba una medida acertada, ya que de este modo se impedía la formación de colmenas humanas y se favorecía a la dispersión de las construcciones hacia el campo.

Encontró la casa sin grandes obstáculos. En la conserjería se enteró de que Richard Blatt vivía en el cuarto piso, puerta C. Entró en el ascensor y se dejó llevar hasta la planta indicada.

Salió al corredor y buscó la puerta C. Llamó.

Nadie le contestó. Volvió a llamar, otra vez con idéntico resultado negativo. Frunció el ceño, y después de unos segundos de reflexión, descendió nuevamente a la conserjería.

—El señor Blatt no contesta a mis llamadas —dijo—. ¿Le ha visto usted salir?

—¿Salir? —repitió el conserje—. ¡Oh, no! Tiene que estar en casa. Desde aquí veo a todo el mundo que entra y sale, puedo asegurárselo, teniente.

Rynfall empezó a preocuparse.

—Es extraño —murmuró—. ¿Acaso tiene una visita importante y no desea ser interrumpido?

—No. Hace una hora y media, aproximadamente, vino una mujer a visitarle, pero se marchó a los pocos minutos. Yo creo que no estuvo arriba ni un cuarto de hora. Rick tiene que estar en su casa, se lo aseguro, teniente.

—Bueno, entonces, ¿es que no hay medio de obligarle a que abra la puerta?

—Si supiera que no se iba a enfadar abriría yo con la llave maestra —apuntó el conserje.

—Vamos —dijo Rynfall resueltamente—. Yo cargo con toda la responsabilidad.

—De acuerdo.

Los dos hombres se metieron de nuevo en el ascensor. Momentos después, el conserje penetraba en el domicilio del *barman.*

—¡Señor Blatt! —llamó.

El silencio era absoluto. Presa de un repentino presentimiento, Rynfall se adelantó y atravesó el pequeño vestíbulo, llegando al dormitorio del piso en donde encontró al hombre que buscaba.

Estaba muerto. Los dos balazos que había recibido en el pecho

no permitían albergar la menor duda acerca de la suerte que había corrido.

CAPÍTULO VI

El gesto de Jason Scott no podía ser más sombrío.

—Este condenado asunto nos va a volver locos —dijo a la mañana siguiente—. ¿Quién y por qué diablos mató a Blatt?

—El conserje del edificio habló de una mujer que le había visitado alrededor de las siete de la tarde —respondió el joven. Se pellizcó el labio inferior pensativamente—. La mujer permaneció con él menos de quince minutos.

—Tiempo suficiente para meterle en el cuerpo quinientos balazos —gruñó el jefe—. ¿Se le ocurre a usted alguna idea acerca de la identidad de esa mujer, de la que, presumiblemente, podemos sospechar como la asesina?

Rynfall calló unos segundos. Sí, se le había ocurrido una idea, pero le parecía demasiado monstruosa.

No obstante, su obligación era comprobarlo y realizar todas las gestiones tendentes al esclarecimiento de la verdad, dejando a un lado sus opiniones particulares.

—Sí, señor; sospecho de una mujer. Y si me permite, iré a interrogarla.

—¿Quiénes?

—Samara Ulhdin, señor.

—Presentó una coartada —objetó el jefe.

—Desde luego. Pero ¿cómo comprobar si estuvieron en el «Circle's» alrededor de las once de la noche, si la única persona que podría corroborar sus manifestaciones está muerta?

—¿Supone usted que la señora Ulhdin asesinó a Blatt para impedirle que hablara? Quiero decir, para impedirle que negase que ella y su cuñado habían estado en el

«Circle's»
a las once de la noche.

—En efecto, señor. Así pudo ser. Sam Ulhdin apoya las manifestaciones de Samara y ésta las de su cuñado. Pero ¿quién apoya las de ambos? Si Rick Blatt estuviese vivo, nos diría, sin lugar a ningún género de dudas, que no estuvieron en el
«Circle's»
a las once de la noche. Por eso murió, ¿comprende?

El jefe asintió, profundamente pensativo. De pronto, se abrió la puerta y entró el sargento Stack.

—¿Jefe? Buenos días —saludó—. Hola, teniente. Traigo noticias referentes a Uriah Johnson.

—¿Qué clase de noticias? —preguntó vivamente.

—He podido averiguar que hasta hace muy poco estuvo enredado con una tal Lana Marjoln y que se separaron debido a que ella tenía un carácter insufrible. Según he podido apreciar, la tal Lana es mujer de armas tomar y no parece que le sentó muy bien el plantón que le dio Johnson. —Stack sacó una libreta—. Tengo aquí su domicilio, aunque no he ido a entrevistarla todavía…

—Deje eso por el momento, Stack. Iremos en otra ocasión —atajó el joven—. Ahora vamos a visitar a otra persona.

Un hombre entró de repente en la oficina. Traía unos documentos en la mano, que depositó sobre la mesa del jefe.

—El cabello que se encontró en torno a la mano de Uriah Johnson y el que me fue entregado para su análisis son de la misma persona —informó el técnico del laboratorio.

Hubo un momento de silencio. Después, el jefe miró a Rynfall.

—Bueno, ya tiene usted ahí motivos para realizar una detención —dijo.

Rynfall reflexionó unos segundos.

—Por supuesto —contestó—. Pero antes de traérmela a la Jefatura quiera realizar una comprobación. Con ella misma, por supuesto.

Scott dio el visto bueno a la propuesta del joven. Inmediatamente, Rynfall y su ayudante salieron de la Jefatura y se encaminaron al domicilio de Samara Ulhdin.

Fue Samara en persona la que salió a abrirles. Sus cejas se enarcaron al reconocer al joven.

—¿Ocurre algo nuevo, teniente? —inquirió.

—Sí, señora Ulhdin —contestó Rynfall. Presentó a su acompañante—. Éste es el sargento Stack.

—¿Cómo está señora? —saludó Stack.

Ella le contestó con una ligera inclinación de cabeza.

—Ustedes dirán —murmuró.

—Señora Ulhdin, ¿le importaría mucho dejarnos examinar su guardarropa?

Samara se extrañó en un principio, pero luego asintió.

—Desde luego. Tengan la bondad de seguirme.

Caminó delante de los dos hombres con paso fácil y gracioso. Rynfall meneó la cabeza, pensando que la venganza era mala cosa… capaz de arrojar a una mujer en brazos de los peores sentimientos y capaz de convertirla en una fiera ávida de sangre. Sentía extraordinariamente lo que se veía obligado a hacer, pero estimaba que el cumplimiento del deber estaba por encima de cualquier personalismo.

Entraron en el dormitorio de la joven. Samara les indicó un vasto armario empotrado en la pared, de puertas correderas. Rynfall descorrió una de ellas y fue examinando las distintas prendas que pendían de los percheros hasta que encontró la que buscaba: Un abrigo negro con cuello de piel.

Sacó el abrigo y se volvió hacia la joven.

—Señora Ulhdin —dijo—, siento mucho lo que voy a decirle, pero deberá acompañarnos, poniéndose previamente este abrigo.

Samara se extrañó de la insólita petición.

—¿Por qué quiere que haga esto? —preguntó.

—Se lo diré dentro de unos momentos —respondió Rynfall—. Claro que puede negarse, pero ello no haría sino empeorar su situación.

—Creo haberle dicho ayer tarde que tengo una cortada excelente para no tener que temer nada de la acción de la justicia —declaró Samara envaradamente.

—Lo recuerdo muy bien —manifestó él—. A pesar de todo, insisto en que lo haga.

—¿Qué sucederé si me negase?

Rynfall demoró la respuesta unos segundos.

—Señora Ulhdin —dijo al cabo—, tengo el sentimiento de

expresarle que el cabello que me entregó ayer y él que fue encontrado en la mano de Uriah Johnson pertenecen a la misma persona: A usted. Las pruebas del laboratorio son concluyentes.

El rostro de Samara adquirió de pronto una blancura espectral.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Pero usted no irá a creer que yo maté a Johnson! ¡Aparte de la coartada…!

—Señora, yo me atengo a las pruebas —cortó el joven fríamente —. Es para mí muy doloroso hacer lo que estoy haciendo, pero debe creer que no me queda otro remedio. ¿Se pone el abrigo?

Samara parecía aturdida.

—Entonces… ¿me van a acusar de asesinato?

—Mucho me temo que sí, señora Ulhdin —respondió Rynfall—. Por favor.

En silencio, Samara se volvió y colocóse el abrigo sin emitir una sola palabra. Stack precedió a la pareja hasta la puerta, echándose luego a un lado para permitirles salir.

El coche aguardaba en la calle. Rynfall y Samara se sentaron en la parte posterior, en tanto que Stack tomaba el volante. El vehículo arrancó y el sargento lo condujo en dirección al domicilio del barman asesinado.

Veinte minutos más tarde, el automóvil se detenía ante el número 300 de la calle 9 Oeste. Rynfall saltó al suelo y tendió la mano para ayudar a la joven a hacer lo propio. Cruzaron la acera, seguidos del sargento, y penetraron en el edificio.

El conserje acudió inmediatamente al verles.

—Buenos días, oficial.

—¿Qué tal? ¿Puedo pedirle un favor? —dijo el joven.

—Por supuesto —aceptó el conserje—. ¿De qué se trata?

—Usted declaró ayer que una mujer estuvo visitando al señor Blatt. En la descripción que me hizo posteriormente, me dijo que era morena, de buena estatura y que vestía un abrigo negro con piel del mismo color. ¿Puede decirme si esta señora es la misma mujer que usted mencionó?

Samara intentó protestar.

—¡Teniente! —exclamó con gran vehemencia—. ¡Usted no puede…!

—Lo siento, señora —dijo Rynfall en tono rígido—. Comprenda que esto que hago es parte de mi profesión y que no constituye una

diversión precisamente. Trate de entender únicamente que cumplo con mi deber, eso es todo.

—Muy bien —admitió ella—. Pero haré que mí abogado…

—Es su derecho —atajó el oficial fríamente.

El conserje examinó críticamente a la joven, mirándola de arriba abajo durante casi un minuto. Al fin dijo:

—Era de noche cuando la vi y el portal no está muy bien alumbrado que digamos. El administrador de la casa es un tipo roñoso que…

—Al grano —cortó Rynfall, impaciente—. Diga si la mujer que vio es la que tiene delante de los ojos o no.

—Bien —respondió Werries en tono dubitativo—, no sé si será ella o no, porque no pude verle el rostro. Entre la penumbra y que llevaba el cuello muy subido… Pero sí vi que sus cabellos eran muy negros y puedo jurar que este abrigo es el mismo que llevaba la mujer que vino anoche preguntando por el domicilio del pobre Rick Blatt.

—Está bien, muchas gracias —contestó el joven—. Es suficiente por ahora; más tarde ratificará su declaración en forma legal. Ahora —se volvió hacia la joven—, tendrá que acompañarme a la Jefatura de Policía, acusada del asesinato de Uriah Johnson y de Richard Blatt. No diga nada ahora si no quiere, hasta que esté en presencia de su abogado, pero le advierto que todo cuanto manifieste podrá ser utilizado en contra suya.

El rostro de la joven se coloreó vivamente.

—Soy inocente —protestó con gran energía—. No maté a Johnson y ni siquiera conozco a ese otro hombre de cuya muerte me acusa. ¿Quién era ese tal Blatt, teniente?

—El barman que tenía el servicio nocturno en el *Circle's*, señora Ulhdin.

—No entiendo —dijo Samara, desconcertada—. ¿Por qué había de matar yo a _un hombre a quien no conozco siquiera?

—Usted aseguró que anteayer, a las once, estuvo tomando unas copas en el *Circle's* en compañía del señor Ulhdin. Es comprensible que su cuñado, por razones de afecto, trate de ayudarle, pero Blatt no sentía ese mismo

afecto y hubiese declarado que sus manifestaciones no eran ciertas. En vista de que las declaraciones de Blatt podrían haberla perjudicado gravemente, averiguó su domicilio y lo asesinó para evitar que hablase de manera dañina para usted, dado que entonces sabríamos que la coartada que presentó era completamente falsa. Y ahora, ¿tiene la bondad de acompañarme a la Jefatura, señora Ulhdin?

Abrumada, incapaz de reaccionar, Samara se dejó llevar sin oponer la menor resistencia.

CAPÍTULO VII

El jefe Scott abrió la caja y extrajo de la misma un grueso habano, ofreciendo al joven a continuación. Rynfall rechazó con un gesto de su cabeza.

—Prefiero los cigarrillos —dijo.

—A su gusto —gruñó el jefe, entregándose al placer de saborear las primeras bocanadas del habano—. Bueno, el caso está resuelto. Tenemos a la asesina y…

—Ella no ha confesado todavía. Sigue declarándose inocente.

—Vamos, vamos, las pruebas son concluyentes en contra suya, Rynfall. Usted lo sabe tan bien como yo. Los cabellos, los motivos, la coartada falsa… ¿Qué más puede pedir?

—El arma con que se cometieron ambos crímenes. No ha aparecido.

—Tengo un par de hombres revolviendo el piso de la detenida.

—Ella sostiene que jamás ha utilizado un arma de fuego.

—Muchacho —dijo el jefe en fono confianzudo—, no vaya a decirme ahora que se ha dejado impresionar por una cara bonita y unos ojos negros muy hermosos. Samara Ulhdin es culpable y no se hable más. Es una mujer muy bella, ciertamente, pero he conocido a otras mujeres aún más guapas que eran unas verdaderas asesinas.

—Las pruebas son abrumadoras, en efecto —convino el joven pesadamente—. Pero ¿qué quiere que le diga? Yo no acabo de creer del todo en su culpabilidad.

—¿Qué me dice usted de los cabellos? El análisis… Y luego, esa coartada falsa; la declaración del portero Werries… Es un caso perfecto para el fiscal, quien nos está poniendo por las nubes y no digamos los periódicos —exclamó Scott muy satisfecho.

—Sí —murmuró Rynfall—, un caso así siempre proporciona

lustre. El juicio será muy sonado, desde luego.

—Y la condenarán.

Rynfall suspiró.

—Quizá no se sepa jamás, pero es muy posible que, en tal caso, condenen a una inocente.

—Muchacho —gruñó el jefe—, no me venga ahora con sentimentalismos. Comprendo que se sienta un poco defraudado porque una mujer tan guapa haya sido capaz de cometer dos asesinatos a sangre fría, pero debe irse acostumbrando a cosas por el estilo. Relativamente, lleva poco tiempo en la policía, pero cuando hayan pasado más años…

El zumbador del interfono sonó de pronto. Scott dio el contacto y lanzó un bramido.

—El jefe —dijo solamente.

—Señor Scott, hay un hombre que quiere visitarle. Dice que es muy urgente. Se llama Ulhdin.

Scott y el teniente se miraron durante unos segundos. Al fin, el primero dijo:

—Está bien; hágale pasar.

—Sí, señor.

Sam Ulhdin entró en el despacho poco después, con el sombrero entre las manos. Parecía amedrentado y se detuvo a mitad de camino, sin atreverse a llegar a las cercanías de la mesa.

Rynfall se puso en pie.

—¿Cómo está, señor Ulhdin? —saludó cortésmente—. Tengo el gusto de presentarle al señor Scott, comisario jefe de la policía de Gleasonville. Jefe, el señor Ulhdin.

—Encantado —contestó Scott—. Tenga la bondad de sentarse y exponer lo que tenga que decirnos, sin temor alguno.

Ulhdin accedió, sentándose en el borde del sillón, con el sombrero apoyado en las rodillas. Su expresión seguía siendo temerosa y aprensiva.

—Señor Scott —preguntó—, ¿qué pena tiene un hombre por mentir ante la Ley?

—¿Por qué dice usted eso? —exclamó el joven.

—Es que, verá; cuando estuvo a ver a mi cuñada la primera vez, yo no le dije toda la verdad. Entonces, claro, ignoraba que se proponía cometer otro asesinato; de lo contrario… Bien, yo creía

protegerla en aquellos momentos y… Diablos, a fin de cuentas, Johnson y su cuadrilla eran unos bandidos. No digo que Johnson mereciese morir…, pero lo que hicieron con mi hermano fue una canallada. Si Samara quiso vengarse de él, hizo mal, desde luego, pero mi intención fue protegerla, no sé si me comprenderán ustedes.

—Le entendemos perfectamente, señor Ulhdin —dijo Scott amistosamente—. Siga, se lo ruego.

—Después, Sámara mató al pobre barman y… Bien, mi conciencia ya no me dejaba descansar, así que vine a decir todo lo que sé al respecto. ¿Me castigarán por ello?

—Bueno —contestó el jefe pensativamente—, teniendo en cuenta que lo que dijo no fue después de haber prestado juramento, tal vez salga del caso con una simple amonestación. Aunque su ayuda costó la vida a un inocente; si en el primer momento hubiese dicho toda la verdad, Rick Blatt seguiría ahora con vida.

—Sí —convino Ulhdin con un gran suspiro—, eso es lo que más me ha decidido a venir aquí. Bien, de todas formas, estoy dispuesto a sufrir la pena que se me imponga y…

—Abreviemos, señor Ulhdin —exclamó Rynfall con gran impaciencia—. ¿Qué es lo que me ocultó cuando nos conocimos por primera vez?

Ulhdin volvió sus ojos hacia los del joven.

—Es cierto que Samara y yo estuvimos en el *Circle's* alrededor de las once de la noche, pero ella se ausentó, con, el pretexto de que iba al tocador, y tardó casi quince minutos en regresar.

Rynfall se puso en pie y se acercó a un gran plano mural de la ciudad que cubría casi por completo uno de los lienzos de pared de la estancia, examinándolo con gesto pensativo.

—Señor Ulhdin, cuando fueron al teatro usted y la señora Ulhdin, ¿lo hicieron en coche propio o en taxi?

—En el coche de Samara —contestó el sujeto. Virtuosamente, añadió—: Mi posición económica no me ha permitido aún adquirir un automóvil.

—Y —siguió el joven sin dejar de examinar el plano— es de suponer que el coche quedase estacionado a poca distancia del

Circle's.

—A unos veinte o treinta metros más arriba, es decir, en dirección hacia el exterior de la ciudad.

—Sin grandes prisas, un automovilista puede llegar con su vehículo desde el

Circle's

a casa de Johnson en tres, cuatro minutos como máximo. Eso suma ocho minutos ida y vuelta. Pongamos cinco o seis para esperar a la víctima… Muy bien —se volvió—, ha sido una valiosa información, señor Ulhdin.

—Soy un ciudadano respetuoso con la Ley, aunque en un principio no me haya portado demasiado bien —contestó el aludido —, cosa que lamento muchísimo.

—De acuerdo —gruñó el jefe—. Ahora mismo llamaremos a un taquígrafo policial para que repita su declaración, que firmará a fin de unirla al sumario que presentaremos al fiscal.

—Estoy dispuesto, señor Scott —dijo Ulhdin.

Al quedarse, solos, después de cumplimentado el trámite mencionado, Jason Scott se frotó las manos.

—Esto marcha —dijo, muy contento—. Esto marcha —repitió, con los ojos brillantes de júbilo.

Decepcionado, el joven se puso en pie.

—No quisiera ser un aguafiestas, jefe —manifestó—, pero de todas formas, hay algo que se llama presentimiento y que me dice que no son las cosas tal como las vemos. O como algunos quieren que las veamos.

—¿En qué se basa usted para afirmar tal cosa? —Gruñó el jefe, perdiendo la sonrisa.

—Cuando uno tiene un presentimiento, lo tiene, sin más, sin poder achacarlo a tal o cual causa. Eso es lo que me pasa a mí, jefe.

—Pero usted actúa sobre la base de pruebas.

—¿Y cuántas veces se han montado unas pruebas falsas? Bien —suspiró el joven—, si me lo permite, voy a entrevistarme nuevamente con la señora Ulhdin.

—Y a ver si consigue arrancarle una declaración de culpabilidad. Después de lo que hemos averiguado, resulta absurdo que se empeñe en seguir considerándose inocente.

Rynfall ya no contestó. Salió del despacho y se dirigió al piso

superior, donde estaban instalados los calabozos de los detenidos provisionalmente, en espera de su traslado a la cárcel del condado.

Momentos después estaba en presencia de Samara. El vigilante de turno le cerró en la celda can la joven y se alejó.

Rynfall sacó cigarrillos. Samara encendió el suyo y le contempló a través de las nubes de humo con gesto especulativo.

—¿Y bien, teniente? ¿Alguna novedad?

—En efecto —contestó el joven, sentándose en el único taburete que había en la celda—. Acabo de hablar con su cuñado.

Samara no dio muestras de sorprenderse.

—¿Qué le ha dicho? —inquirió.

—Reconoce que estuvieron en el *Circle's*, pero ahora declaró que usted se ausentó casi un cuarto de hora de su lado.

—¿Significa eso algo perjudicial para mí?

—Significa que, con el coche a la puerta, usted tuvo tiempo más que sobrado de ir a casa de Johnson, esperarle aún hasta seis minutos, por lo menos, disparar contra él y regresar al *Circle's* junto al señor Ulhdin.

—Teóricamente, así debiera ser —contestó la joven sosegadamente—. Pero, verá: estas horas de encierro me han conferido bastante tiempo para reflexionar sobre algunas cosas. —Sonrió con cierta malicia—. Estoy casi segura que, pese a las pruebas en contra, usted se va a ver obligado a soltarme.

Rynfall se sorprendió muchísimo.

—Lo dudo —respondió el joven—. ¿Por qué lo dice?

—Supongamos que fuera yo la autora de la muerte de Johnson. ¿Por dónde habría salido del *Circle's* para cometer ese crimen? No podría haberlo hecho por la puerta principal, ya que en tal caso, Sam me habría visto y se hubiera extrañado de que fuese a la calle, en lugar de al tocador de señoras como le había asegurado.

—Por regla general, los lavabos disponen de ventanas lo suficientemente amplias para permitir el paso de un cuerpo humano —alegó el joven.

Samara sonrió sibilinamente.

—No es usted un buen policía, teniente. Le recomiendo que vaya al *Circle's* y examine el tocador de señoras, cosa que, según puedo deducir, no ha hecho siquiera. Interrogue también a la encargada, no lo olvide.

Rynfall abrió la boca de par en par. Samara tenía razón; aquélla era una diligencia que debiera haber realizado desde el primer momento.

—Bueno —gruñó—, quizá salió por la puerta de servicio.

—Sus facultades policiales siguen defraudándome —contestó ella—. Vaya al *Circle's*, vuelvo a aconsejar. El mostrador está en el centro y es bastante largo. La puerta del tocador de señoras está a la derecha, mirando desde la entrada, y le aseguro que en ese lado sólo hay tocador de señoras. Los lavabos de caballeros y los servicios están en la puerta que hay al lado izquierdo y ninguno de ambos departamentos tiene comunicación entre sí. Haga lo que le digo y venga a verme, se lo recomiendo.

—Está bien —rezongó Rynfall—, pero siempre queda en pie el hecho de que usted permaneció en el tocador un cuarto de hora. Demasiado tiempo, ¿no cree?

Ella sonrió.

—Depende del punto de vista —respondió—. Quizá sea demasiado tiempo sólo para empolvarse la nariz, aunque, por otra parte, debo decirle que la cena no me sentó muy bien y que estaba algo indispuesta. Permanecí allí hasta que me sentí algo mejor y por eso tardé unos quince minutos en regresar junio a mi cuñado.

Rynfall reflexionó durante unos momentos.

—Está bien —exclamó—. Pero ¿qué me dice de Rick Blatt, señora Ulhdin?

—¿A qué hora lo asesinaron, teniente?

—Bien, parece ser que alrededor de las siete de la tarde.

—Siento no haber hablado antes, pero es que, en realidad, estaba aturdida por las dos acusaciones que se me habían formulado, para poder coordinar mis pensamientos con claridad. Usted opina que la coartada que presenté respecto a la muerte de

Johnson no es muy buena, ya que está apoyada por una persona cuyo parentesco, aunque sólo sea político, puede influir en sus declaraciones favorables hacia mí, ¿no es cierto?

—En efecto, así es —convino Rynfall—. ¿Es que ahora va a presentarme una nueva coartada para demostrar que no mató a Blatt?

—Por supuesto, máxime cuando en el momento en que me detuvo Usted no había precisado la hora de la muerte *del barman*. Le ruego se entreviste con Nab Wasser, *Public Relations* de la *Ulhdin Gyroscope*. Él le dirá que estuve en su domicilio desde, aproximadamente, las seis y media de la tarde hasta las ocho del mismo día en que Rick Blatt fue asesinado.

CAPÍTULO VIII

El asunto se embrollaba cada vez más, en lugar de aclararse, pensó Rynfall mientras se dirigía en el coche hacia la oficina de Wasser. Ahora iba a resultar que Samara era inocente de las dos muertes que se le imputaban, y si bien esto, en el terreno particular, le alegraba sobremanera, en lo que se refería a su profesión le ponía de mal humor, porque suponía retroceder de la zona de luz a la de sombras.

Si Wasser afirmaba que Samara había estado con él a las horas indicadas, tendría que aceptar su palabra, ya que, al menos oficialmente, no tenía ninguna razón de parentesco con la joven para ayudarla en su grave compromiso. Y en cuanto al tocador de señoras del
Circle's…
¿Qué había querido decir Samara al referirse a dicho lugar?

Tendría que averiguarlo por sí mismo después de haber conversado con Wasser. Mientras tanto, se dijo que también resultaba extraño que caso de ser Samara la asesina de Johnson, pese a todas sus negativas, hubiese dado comienzo a su venganza tres años después de la muerte de su esposo. ¿Por qué había esperado tanto tiempo?

Además, había otro detalle que igualmente le desconcertaba. La diferencia de edad entre Alex Ulhdin y Samara, que alcanzaba, en el momento de la muerte de éste, nada menos que a cuarenta años corridos. «Una mujer joven y hermosa, casada con un hombre joven y apuesto al que asesinan, puede sentir deseos de vengarle; en este caso interviene tanto el amor como la pasión. Simplemente, es la hembra de la especie que trata de vengar la muerte del macho, como ocurre a veces entre algunos seres del reino animal. Pero éste

no es el caso de Samara; ella sentía hacia Ulhdin un inmenso agradecimiento por sus bondades, agradecimiento que había provocado un indudable cariño, el cual, sin embargo, no podía confundirse en modo alguno con el lógico amor que debe existir entre dos esposos cuyo comienzo de relaciones ha sido el normal en tales casos, en lugar de haber empezado por una adopción legal como hija».

¿Entonces…?, se preguntó, desconcertado y aun desalentado.

Poco más tarde estaba en presencia del jefe de relaciones públicas de la *Ulhdin Gyroscope Co.*

Nab Wasser era un hombre todavía joven, al que le faltaban, calculó, un par de años para cumplir la cuarentena. Vestía como un figurín y la relativa blancura de sus sienes le confería un aspecto distinguido, que para las mujeres debía resultar muy atractivo. Al sonreír, la blancura de sus dientes era un magnífico exponente de la ciencia y habilidad profesional de su odontólogo.

—Encantado de conocerles —saludó con cortés efusión a los dos policías—. Bueno, al sargento ya le he saludado anteriormente, pero a usted es la primera vez que le veo, teniente. ¿Cigarrillos? ¿Una copa? —invitó casi calurosamente.

—Gracias —respondió Rynfall—. Fumaremos solamente, señor Wasser.

—A su gusto —dijo el individuo, volviendo a sentarse, juntó las yemas de los dedos—. Bien, ¿y qué les trae por mi despacho?

—Algo referente a la señora Ulhdin —manifestó el joven—. Estoy seguro de que usted ha leído los periódicos, señor Wasser.

—Por supuesto, por supuesto. La muerte de mi buen amigo Johnson me afectó muchísimo y estoy deseando que atrapen al asesino y le den el castigo que se merece.

—El asesino ya lo tenemos, señor Wasser —dijo Rynfall muy serio.

—¿Quién? ¿Samara Ulhdin? ¡Vamos, teniente…! —rió Wasser—. Eso es algo absurdo, algo que nadie que esté en sus cabales puede admitir.

—Carl Eaker piensa todo lo contrario —objetó el policía.

—Eaker es un tonto capaz de tomarse al pie de la letra todo cuanto se dice a su alrededor. Si le dijeran que el muro de Berlín lo habían levantado los ingenieros del ejército americano, se lo creería

también a pies juntillas, así que no se extrañe, que basándose en las palabras que Samara pronunció tiempo atrás, pueda pensar que es achica tan hermosa haya podido matar a Johnson. Pero yo opino todo lo contrario, esto es, que no ha sido ella.

—En este caso, las opiniones cuentan poco —contestó el joven —. Pero, de todas formas, he venido para hablarle del segundo de los asesinatos cometidos en veinticuatro horas. Me refiero a Rick Blatt, por supuesto.

—¿Y…? —dijo Wasser.

—La señora Ulhdin sostiene que a la hora en que murió Blatt estaba en su casa, señor Wasser.

El hombre calló un instante, mientras perdía la sonrisa, como si reflexionase intensamente.

—Así es —reconoció.

—¿Cuánto tiempo permaneció en su casa?

—Hora y media, tal vez dos horas. Más no, desde luego.

—Concrete los tiempos, se lo ruego.

—Yo diría —contestó Wasser lentamente— que vino alrededor de las seis y media, acaso a las seis y veinticinco, y se fue entre las ocho y las ocho y diez de la tarde. Este último extremo lo recuerdo muy bien, porque precisamente preparé el último cóctel a las ocho menos cinco. Ella citó la hora, diciendo que tenía que marcharse.

—¿La comprobó usted en su reloj?

—Sí. Estábamos en un saloncito y tengo un relej de sobremesa en una consola. Después de aquello, no tardó ni quince minutos en ponerse el abrigo y marcharse.

—¿Cómo era el abrigo? —saltó de pronto Stack.

Wasser volvió los ojos hacia el sargento.

—De piel de leopardo legítima —respondió—. Se lo regalé yo, precisamente.

De repente, Rynfall sintió una cosa extraña en su interior, algo desagradable que no sabía a qué achacar y que, sin embargo, tenía relación con Samara Ulhdin. No obstante, dejando aquello de lado por el momento, prosiguió:

—Tengo entendido que ella detestaba a los cuatro miembros de la empresa.

Wasser pareció como, si se pavoneara moderadamente.

—No a mí, en todo caso —contestó.

—¿Quiere decir que sus relaciones entre usted y la señora Ulhdin eran… digamos amistosas?

—Por favor —respondió Wasser con aire ofendido—, hay cosas de las que un caballero no debe hablar jamás.

—El fiscal le preguntará sin duda con más fuerza que yo y le importarán muy poco sus sentimientos caballerescos —manifestó el joven tajantemente—. Está bien, ¿se encuentra dispuesto a jurar que la señora Ulhdin estuvo con usted todo el tiempo que ya hemos hablado?

—Por supuesto, teniente.

Rynfall se echó hacia adelante.

—Los periódicos de la mañana han dado la noticia del arresto de la señora Ulhdin. Son casi las tres de la tarde. ¿Por qué no se ha presentado usted en la Jefatura de Policía para exculparla, al menos, de la acusación de la muerte de Rick Blatt?

Wasser se hizo el remolón.

—Estos días, con la muerte de Johnson, tengo un trabajo extra y…

—Ese trabajo extra no debía haberle impedido ayudar a una mujer hacia la cual afirma usted que abriga ciertos sentimientos… amistosos —dijo el joven casi con rabia.

—Me disponía a hacerlo cuando terminase mi jornada —se defendió Wasser.

—Muy bien; entonces, la terminará hoy antes que lo corriente. Sargento, llévese al señor Wasser a la Jefatura y que firme una declaración en ese sentido.

—Sí, señor.

Rynfall se puso en pie. Sus ojos dirigieron al individuo una mirada despreciativa.

—No sé lo que pensará la señora Ulhdin de usted, después de ver su actitud, pero, por cortesía, yo me abstendré de expresarle mi opinión.

—¡Teniente! —protestó Wasser.

El joven no contestó; dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Pero antes de abandonar la estancia, giró de nuevo y se encaró con Wasser.

—Alex Ulhdin murió en un accidente de automóvil, según tengo entendido —dijo.

—Así fue —admitió Wasser.

—¿Iba solo en su coche?

—Eso creo, teniente.

—Entonces, ¿cómo me explica usted que se produjese el accidente, si el profesor Ulhdin no sólo no sabía conducir, sino que ni siquiera poseía la licencia correspondiente?

Wasser palideció. Abrió la boca y la cerró un par de veces, sin que consiguiera encontrar palabras con las cuales responder a las del joven. Satisfecho, Rynfall abandonó la estancia, dejando a Stack junto con el individuo.

De allí se dirigió al Circle's, al cual llegó pocos minutos más tarde, merced a un taxi, ya que el coche policial quedaba para que Stack pudiese conducir a Wasser a la jefatura de Policía. Entró en el local y se acercó al mostrador, comprobando que, en efecto, había dos puertas a ambos lados del mismo.

En el lado derecho del establecimiento había un pequeño escenario semicircular, sobre cuyo tablado estaban ensayando unos músicos. Una opulenta cantante rubia entonaba a media voz una canción de moda, siguiendo las instrucciones del director de la orquesta. Haciendo caso omiso de lo que sucedía en el escenario, Rynfall se acercó al mostrador y enseñó la insignia al barman.

—¡Hola, teniente! —saludó el hombre, que era el mismo que le había indicado el domicilio de Blatt—. Ya he leído que pescaron a la fulana que mató a mi compañero. Le felicito sinceramente.

—Muchas gracias —respondió el joven, sin querer entrar en detalles sobre sus pesquisas—. ¿Qué tal su mujer?

—Ya se levanta, gracias. ¿Una copa? —ofreció el sujeto.

—No. Sólo quiero pedirle un favor… ¿cómo se llama usted, amigo?

—Herbert, pero todo el mundo me dice Chuck, vaya usted a saber por qué, teniente. ¿De qué se trata?

—Quiero ver el tocador de señoras, Chuck. ¿Es posible?

—Claro que sí. Ahora mismo llamaré a la encargada. Espere un momento. —De pronto, Chuck torció el gesto—. Esa Lana… No sé cómo diablos tiene la cara dura de llamarse cantante. Una rana afónica lo haría mejor que ella, se lo aseguro.

Rynfall se quedó mirando al barman.

—¿Cómo ha dicho usted, Chuck? —preguntó.

—He dicho que Lana, como cantante…

—No me interesan sus cualidades como cantante, sino su apellido. ¿Lo conoce usted?

—Sí. Se llama Lana Marjoln. Pero no le diga que canta como una sierra oxidada sobre un clavo, porque le estampará una botella en la sesera. Tiene un genio de mil diablos, ¿sabe?

Rynfall asintió con la cabeza. La casualidad, más que otra cosa, le había llevado a coincidir con una persona con la que deseaba hablar desde hacía días, pero a la que sus ocupaciones no le habían permitido entrevistar por el momento.

—Muy bien —dijo—, vamos a ver a la encargada del tocador de señoras, Chuck.

Capítulo IX

La encargada del tocador de señoras era una mujer de mediana edad y rostro bondadoso, apellidada Frey. No fue necesario sino una ligera insinuación de Chuck, el barman, para que se dispusiera a cooperar gustosamente con el joven.

—Pregunte lo que quiera, teniente —dijo con simpática sonrisa.

—Muchas gracias, señora Frey. —Tenía en el bolsillo una fotografía de Samara Ulhdin y se la enseñó a la encargada del tocador—. ¿Conoce usted a esta mujer? —preguntó.

—Sí, señor. La vi hace unas noches.

—¿Recuerda la fecha, señora Frey?

—Desde luego, teniente. Fue el día en que asesinaron a Uriah Johnson.

—¿El día o la noche?

—La noche, claro —se corrigió la señora Frey.

—¿Estuvo esta mujer en el tocador de señoras?

—Sí, desde luego. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Por qué, señora Frey?

—En primer lugar, porque ya la había visto unas cuantas veces antes de esa noche, teniente.

—¿Y qué más?

—Aquella noche entró en el tocador. La vi algo pálida y le pregunté si le ocurría algo. Dijo que la cena le había sentado mal y que se encontraba ligeramente indispuesta. Entonces, yo le sugerí que se tomase un par de tabletas de bicarbonato efervescente, cosa que ella aceptó de inmediato.

—Prosiga, señora Frey. ¿Qué sucedió a continuación?

—Pues que la señora Ulhdin —conozco su nombre, porque ella misma me lo había dicho en una ocasión anterior—, se sentó en ese

taburete y esperó unos momentos a sentirse mejor.

—¿Cuánto tiempo estuvo sentada, a su parecer?

—Yo diría que seis u ocho minutos, teniente.

—¿Y después?

—Se levantó y entró en uno de los lavabos. Luego salió, abrió el bolso, se aplicó polvos en la cara, se retocó un poco los labios, me entregó cinco dólares de propina, dijo que se encontraba mejor y se marchó.

—¿Cuánto tiempo permaneció aún en el tocador después de que se hubo levantado del taburete?

La señora Frey hizo un gesto dubitativo.

—Yo diría que otro tanto que sentada, teniente.

—Es decir, de seis a ocho minutos.

—Sí, teniente.

—Mientras estuvo sentada, ¿la tuvo usted todo el tiempo a la vista?

—¡Oh, sí, claro! No podía dejarla de ver un solo instante, dada la disposición del tocador.

—Y mientras estuvo dentro del lavabo, ¿cree usted que pudo salir a la calle sin ser vista? Me refiero a salir sin pasar por el salón y usar la puerta principal.

La señora Frey le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Salir directamente de aquí? —exclamó—. Absurdo, teniente. Es completamente imposible. ¿Se ha fijado siquiera en la disposición de los lavabos?

Rynfall arrojó una mirada en torno suyo. El tocador se componía de una pieza rectangular de gran tamaño, con varios espejos y estantes, para que las asistentes al local pudieran retocarse. En tres de sus lados había puertas, en número de dos por muro, cada una de las cuales daba a un lavabo. La encargada abrió una puerta y se echó a un lado, para que el joven pudiera ver su interior.

—Mire usted, teniente —dijo—. Todos son iguales. No tienen ventanas, sino solamente un orificio de ventilación, con aspirador de aire, que renueva la atmósfera de cada lavabo constantemente. Los tubos se reúnen en uno común, incluyendo los dos del tocador, que salen al exterior por el tejado de la casa. Toda dama que entra aquí por esa puerta, ha de salir inexorablemente por la misma y yo la veo sin remisión.

—Entonces, usted está dispuesta a jurar que la señora, Ulhdin pasó aquí un tiempo comprendido entre doce y quince minutos.

—Desde luego. Dónde y ante quién sea, teniente —aseguró la encargada con sobrado énfasis.

Rynfall meditó en silencio durante unos instantes. Las palabras de la señora Frey exculpaban por completo a Samara. Era evidente que no había salido del tocador en aquellos doce o quince minutos, y por lo tanto, resultaba materialmente imposible que hubiese podido cometer el crimen.

A menos que lo hubiera realizado antes o después de ir al Circle's, cosa perfectamente posible, dada la relativa imprecisión en la hora de la muerte de Johnson. Éste sería un detalle que debería investigar cuidadosamente; pero de lo que no cabía la menor duda era que ella no había matado a Rick Blatt.

De pronto se acordó de una cosa.

—Antes mencionó usted al señor Johnson. ¿Acaso lo conocía, señora Frey?

—¡Ya lo creo! —respondió la mujer sin vacilar—. Hubo una temporada que era un habitual del Circle's. Por Lana Marjoln, ¿sabe?

—Entiendo —sonrió el joven—. Pero creo que luego se distanciaron.

—Eso es cierto, aunque yo no sé los motivos de la ruptura. ¿Por qué no se lo pregunta a ella? Está ensayando ahora, en el salón.

Rynfall depositó en la mano de la mujer un billete de cinco dólares.

—Sus informes han sido muy útiles, señora Frey. Ya le avisaré para que firme una declaración en la Jefatura de Policía.

—Cuando guste, teniente —respondió la encargada.

Acto seguido, Rynfall salió al local, y sentóse en una mesa. Chuck se acercó a servirle y él le pidió un café.

—Hágame el favor de decirle a la señorita Marjoln que cuando termine, deseo hablar con ella. Pero no le diga que soy oficial de policía, ¿estamos?

—O. K., teniente.

El ensayo terminó veinte minutos más tarde. Lana Marjoln se

acercó a la mesa ocupada por el joven, con andares deliberadamente sinuosos. Tenía una mano apoyada en una de sus protuberantes caderas y su mirada, aunque dura y poco amable, reflejaba una curiosidad que no podía disimular.

Era una mujer de buena planta, de formas voluptuosas y cabello estridentemente rubio, oxigenado, sin lugar a dudas. Vestía un jersey rabiosamente rojo y muy ajustado a su busto exuberante y unos pantalones negros, no menos ajustados a sus pomposas caderas y a sus piernas todavía esbeltas. Rynfall calculó que Lana Marjoln estaba doblando el cabo de los treinta años y que, aunque era una mujer muy vistosa, su derrota en la lucha que sostenía contra las grasas era inevitable en un plazo más o menos largo.

Se puso en pie cortésmente y señaló una silla.

—¿Señorita Marjoln? Soy Bram Rynfall. ¿Quiere tomar algo?

Ella agitó una mano.

—Chuck, ponme un doble. Del bueno —especificó con voz gruesa y sensual. Se sentó en la silla, cruzando las piernas ostentosamente—. ¿Y bien, señor Rynfall?

—Deseo hacerle algunas preguntas sobre un tal Uriah Johnson, buen amigo suyo… en tiempos —contestó el joven intencionadamente.

Los ojos de Lana chispearon. Vino Chuck, agarró el vaso y se tomó la mitad de su contenido de un solo golpe, sin respirar.

—¿Por qué le interesa ese bastardo? —dijo agriamente.

—Lo asesinaron. Fue una mujer, señorita Marjoln.

—Yo, no —contestó Lana tajantemente.

—Lo sé. Sin embargo, deseo que me cuente algunos detalles de sus relaciones con Johnson y los motivos de su ruptura.

Ella le miró a través de sus espesas pestañas.

—Oiga, hermano —dijo—, ¿por qué se preocupa tanto por un hijo de perra que está muerto y bien muerto?

Rynfall sacó a relucir su insignia.

—Departamento de Homicidios —contestó—. ¿Es una explicación suficiente para mi interés por la muerte de Johnson?

—Y que lo diga —contestó Lana—. Bueno, ¿qué rayos quiere saber?

—Usted y Johnson eran amigos. ¿Por qué riñeron?

—Está equivocado, teniente. Johnson me dejó plantada.

—¿Por qué?

Lena se encogió de hombros.

—Debió aburrirse de mí, supongo.

—¿Sólo por eso?

—No me dio ninguna explicación. Me entregó dos mil pavos, me dijo que me comprase lo que quisiera y elijo que ya no podíamos seguir siendo… amigos. Eso es todo, teniente, aunque no quiera creerlo.

—¿Otra mujer? —apuntó Rynfall.

—¿Quién sabe? Puede ser.

Rynfall se dijo que lo que estaba oyendo era muy distinto de lo que había averiguado en un principio acerca de Johnson. Pero esto tenía, relativamente, muy poca importancia.

De repente se le ocurrió una idea.

—¿Conoce a esta mujer? —Sacó la fotografía de Samara y se la enseñó.

Lana Marjoln entrecerró los ojos.

—Creo haberla visto alguna vez —declaró.

—¿Aquí?

—En todo caso, sí, aquí mismo, teniente.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Yo diría que tres o cuatro noches atrás.

—¿Dónde? Perdón, ¿en qué parte del local?

—Me parece que en el mostrador, teniente.

—¿Sola?

—No. Iba con un hombre.

—Descríbame a ese individuo.

Lana frunció el ceño, cómo si esforzase la memoria.

—Me parece que era bastante mayor que ella, casi calvo… No recuerdo más; pasan muchos clientes por el
Circle’s.

—¿Se fijó, puesta que desde el escenario era fácil que lo viera, si ella se ausentó del mostrador, y en tal caso, cuánto tiempo?

La cantante volvió a reflexionar.

—Creo que sí —respondió—. Verdaderamente, no se lo podría asegurar bajo juramento, teniente; ha de comprender que no estoy en el escenario para vigilar a la clientela.

—Eso es muy cierto —convino el joven—. Ahora dígame una

cosa; parece ser que a usted no le sentó muy bien el plantón que le dio Johnson.

—Desde luego, no eché las campanas a vuelo —confesó ella agriamente.

—Una mujer despechada es capaz de hacer muchas cosas —dijo Rynfall en tono suave.

—Olvida usted que la asesina de Johnson es morena y yo rubia —contestó Lana—. Además, puede preguntar a todos; estuve en el Circle's
desde las nueve y media hasta cerca de la una de la madrugada. Es evidente que yo no pude cometer esa muerte, ¿verdad?

—Motivos no le faltaban para ello —opinó el joven.

Lana Marjoln exhaló una estridente carcajada. Luego, con gesto provocativo, se pasó las manos por los costados, al mismo tiempo que inspiraba profundamente, a fin de hacer resaltar aún más las protuberantes curvas de sus senos.

—Mire, teniente, no niego que en el primer momento me llevé una rabieta mayúscula cuando el canalla de Johnson me dejó plantada. Pero no tardé en rehacerme, pensando en que todavía tengo cuerda para rato y que lo que me sobran son hombres para quererme, ¿comprende?

Rynfall la contempló pensativamente durante unos segundos. Movió la cabeza afirmativamente.

—No se puede dudar, señorita Marjoln. —Concordó con amplia sonrisa—. Y ahora, por favor, la última pregunta.

—¿Sí, teniente?

—En su opinión, ¿cree que Johnson la pudo dejar plantada por la señora Ulhdin?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Uriah no me habló jamás de ella, teniente.

—Eso no es obstáculo. Si Johnson pensaba en otra mujer, es claro que no se lo iba a decir a usted. Johnson era asiduo del Circle's
y la señora Ulhdin también venía por aquí de cuando en cuando. Quizá se conocieron en este local y usted, en tal caso, podía haber adivinada algo al respecto.

—No les vi juntos nunca, al menos en el

Circle's,
si es eso lo que trata de saber —respondió Lana.

Rynfall se puso en pie.

—En todo caso, la conversación ha sido muy instructiva y provechosa, señorita Marjoln.

Ella le dirigió una calurosa sonrisa.

—Venga a verme cuando esté menos ocupado, teniente —dijo—. Le aseguro que me gustaría charlar con usted, pero de otros temas menos áridos.

—Estoy seguro de que, en tal caso, la conversación se convertirá en un placer —respondió él—. Lo tendré en cuenta. Adiós.

—Adiós —murmuró Lana, recargando la expresión invitadora de su sonrisa.

CAPÍTULO X

Bram Rynfall se presentó a su jefe y le planteó el problema en toda su crudeza.

—Tenemos que soltarla, no nos queda otro remedio. De la coartada de Nab Wasser no se puede dudar y en cuanto a la señora Frey, dijo la verdad.

—Pero ella pudo cometer el crimen antes o después de ir al Circle's —objetó el jefe.

—Teóricamente, sí —admitió el joven—, aunque no en la práctica. Es preciso recordar que los dos llegaron al local poco antes de las once y se marcharon después de las once y diecisiete exactamente y la sangre estaba todavía fresca y el cuerpo aún caliente. Con el tiempo que hace, basta media hora para que un cadáver pierda el calor humano normal, luego, al no haber salido ella del Circle's en todo ese tiempo, es lógico que no haya podido cometer el crimen.

—Pero, el cabello…

—Ése es el problema que más me preocupa —manifestó Rynfall—. Sin embargo, nos falta lo más importante, el arma con la cual se cometieron ambos crímenes y que no ha sido encontrada en poder de Samara Ulhdin. Le recomiendo que la suelte, antes de que venga un abogado con un mandamiento de *habeas corpus* y…

El zumbador del interfono sonó en aquel momento.

—Habla el jefe —tronó Scott, molestó por la interrupción.

—Señor, está el abogado Mac Bryann, el cual desea hablarle de un asunto referente a la detenida Samara Ulhdin —informó el

secretario, a través del altoparlante.

Scott miró al joven.

—Tenía usted razón —dijo—. Mac Bryann es una de los abogados de más prestigio de la ciudad.

Rynfall se puso en pie.

—Esperaré ahí afuera —dijo—. Si no le importa, me gustaría poner personalmente en libertad a la señora Ulhdin.

—Conforme.

Media hora después, Rynfall se hallaba en la puerta de la celda en que se hallaba encerrada Samara.

—Está libre, señora Ulhdin —anunció—. La felicito.

Ella le dirigió una larga e indescifrable mirada.

—Estaba segura de que mi inocencia acabaría por resplandecer, teniente. Gracias, a pesar de todo.

—Crea que traté solamente de cumplir con mi deber, señora Ulhdin —manifestó Rynfall—. Si no tiene inconveniente —añadió—, puedo llevarla a su casa en un coche del Departamento.

—No se me ocurre nada en contrario —dijo Samara con leve sonrisa.

Durante el trayecto, los dos permanecieron en silencio. Cerca ya de Eastern Road, Samara dijo:

—Le veo muy pensativo, teniente. ¿Acaso hay algo que le preocupe particularmente?

—Varias cosas, señora —dijo Rynfall.

—¿Por ejemplo?

—Una de ellas es la hora y media que pasó usted en el domicilio de Nab Wasser el día qué asesinaron a Rick Bratt.

—¿De veras le preocupa tanto eso, teniente? ¿Por qué razón?

—Wasser le regaló a usted un abrigo de piel de leopardo legítimo.

—Es cierto, y no tengo por qué negarlo.

—Al parecer, era muy amigo suyo.

—Bastante. ¿Le interesaría saber, además, que me pasaba una pensión anual de dieciocho mil dólares?

Rynfall respingó. Luego, comprendiendo, movió la cabeza.

—Lo _ encuentro muy natural —dijo envaradamente.

Ella sonrió.

—Y yo acepté el abrigo, de la misma forma que aceptaba los mil

quinientos dólares mensuales que me pasaba Wasser. ¿Algo más, teniente?

Rynfall cortó el gas y echó el freno.

—No —dijo—. Lo demás no tiene y relación con usted, es decir, de una manera estrictamente personal. Gracias por todo, señora Ulhdin.

—¿No quiere subir a tomar una copa, teniente? —invitó ella.

El joven movió la cabeza.

—No. Ahora, mi presencia en su casa tendría carácter particular y alguien podría molestarse.

Samara enrojeció levemente.

—Como quiera, teniente. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

La vio cruzar la acera con paso ágil y rápido y desaparecer en el portal, sin volver siquiera la cabeza. Hizo un gesto amargo, mientras sacaba del bolsillo un paquete de cigarrillos; no merecía la pena interesarse por una mujer de hermosura tan atrayente como escasa de moral. Samara le había agradado desde un principio, pero luego le había defraudado. Si en un principio había sentido deseos de vengar a los que consideraba estafadores y asesinos de su esposo, esos propósitos habían desaparecido después, ante la «compensación» —por llamarla de alguna forma—, qué le ofrecía Wasser. Murmurando la consabida frase de «todas las mujeres son un asco», puso el coche en marcha y tomó la ruta que conducía al Oeste.

Las quince millas que había hasta el punto donde Alex Ulhdin había sufrido su mortal accidente fueron recorridas en veinte minutos, sin grandes prisas. Durante los ratos libres de los días precedentes, Rynfall había estudiado a fondo la carpeta del accidente y conocía, por tanto, los menores detalles del mismo, visto desde el ángulo de la policía de Tránsito.

Detuvo el coche a la entrada de la curva fatídica. Según el expediente, Ulhdin se había precipitado por el barranco a causa de llevar una velocidad excesiva y no poder controlar su vehículo. Pero ¿cómo era posible una cosa semejante, si el profesor no sabía conducir?

Caminó una docena de pasos, acercándose al barranco. El lugar era bastante accidentado y la carretera ascendía, por medio de una

serie de pronunciadas curvas, para salvar una barrera de altas y peladas colinas, que cerraban por aquel lado la llanura en la cual estaba edificada la ciudad de Gleasonville. La pendiente tenía una inclinación del ocho por ciento, lo cual, a pesar de todo, no permitía grandes velocidades, por lo menos, no tanto como aseguraba el informe policial.

Suspiró, comprendiendo lo ocurrido. Si había habido un crimen, y no le cabía la menor duda de que se había producido, el informe había sido redactado de una manera rutinaria, sin entrar en demasiadas averiguaciones. De lo contrario, ¿por qué no se había acudido inmediatamente al registro de licencias de conducción?

Era relativamente fácil adivinar. El coche pertenecía al profesor, y estaba registrado a su nombre, pese a que era Samara la que lo conducía de ordinario. Comprobados tales extremos y puesto que la única víctima había sido su propietario, el jefe de la División de Tránsito no se había preocupado de más. Diferente hubiera sido que se hubiesen producido víctimas ajenas, pero al no darse esta circunstancia y morir el único ocupante del vehículo, precisamente su propietario, el caso había sido cerrado sin más averiguaciones, de una manera completamente rutinaria.

Eso era lo que había pasado, dedujo, al cabo de unos momentos de reflexión. Y sin duda, el o los asesinos, habían contado con que las cosas sucederían de aquella manera, para planear un crimen casi perfecto. No obstante, quedaba en pie el detalle de que Alex Ulhdin no sabía conducir ni tenía registrada ninguna licencia. Pero esto se sabía ahora y no entonces, que era cuando podían haberse evitado muchas cosas de las que se estaban produciendo en los momentos actuales.

Frunció el ceño. Si la muerte del profesor volvía a ponerse sobre el tapete, el jefe de la División de Tránsito no lo iba a pasar muy bien. Su negligencia saldría a relucir y…

Bruscamente, sus pensamientos fueron interrumpidos por un ruido ensordecedor.

Volvió la cabeza, justo a tiempo de ver un automóvil que se le echaba encima a toda velocidad.

Por un instante se vio perdido. No tenía tiempo de esquivar la acometida del vehículo cruzando la carretera; sería alcanzado antes de recorrer la mitad del espacio.

Y a su espalda tenía un precipicio de treinta o cuarenta metros de profundidad.

CAPÍTULO XI

Sólo podía hacer una cosa para salvar su vida, y lo hizo en una fracción de segundo, justo cuando el morro del vehículo se hallaba ya a pocos metros de distancia. Saltó hacia atrás, con grave riesgo de precipitarse al abismo y se tendió en el suelo, dejando fuera todo el cuerpo, excepto las manos, con las cuales se agarró al borde para no caer.

El automóvil pasó rugiendo atronadoramente a un metro de distancia. El conductor debía poseer una habilidad poco común porque cuando parecía que iba a saltar con su coche al vacío, lo volvió al interior con un seco golpe de volante.

Los neumáticos chirriaron y las ruedas posteriores le arrojaron al rostro un chorro de menuda gravilla. Cerró los ojos un instante, pero antes había tenido ya tiempo de ver unos ojos negros, una espesa cabellera del mismo color y el cuello de piel de un abrigo que él conocía muy bien.

El automóvil se alejó a una velocidad suicida, perdiéndose de vista en contados segundos. Bram Rynfall hizo un poderoso esfuerzo y se izó de nuevo al camino, sacudiéndose la tierra adherida al impermeable acto seguido.

Miró a lo lejos. Por un instante pudo divisar el coche doblando una ceñida curva a toda velocidad, a unos mil metros ya de distancia; después, la pronunciada pendiente de una de las colinas lo ocultó a su vista.

Ni siquiera intentó perseguir al vehículo; aparte de que se daba cuenta de que su esfuerzo resultaría ya tardío, no sentía el menor deseo de correr el riesgo de saltar al abismo en cualquier momento si los nervios o las manos le fallaban en alguna de las numerosas curvas de aquel sector. Por otro lado, ya había visto bastante.

Hondamente preocupado y no poco desilusionado, regresó al coche. ¿Por qué había intentado Samara Ulhdin asesinarle? ¿Era tan tonta como para no pensar que si él moría, otro tomaría la investigación a su cargo y seguiría adelante con sus pesquisas?

Regresó al coche. Dio media vuelta y sin grandes prisas, emprendió el camino de la ciudad.

Detuvo el vehículo frente al 881 de Eastern Road y se dispuso a esperar. La neblina se cerró como de costumbre, pero casi frente a la puerta de la casa donde vivía la joven había un farol que permitía distinguir los detalles con regular claridad, aun en aquellas condiciones.

Después de varias horas de espera, regresó al garaje de la jefatura donde depositó el coche. Samara no había regresado y su esfuerzo había resultado completamente inútil.

Se acostó aquella noche sin acabar de comprender el porqué de un intento de asesinato que, en su opinión, no tenía razón de ser. Estimaba a Samara con la suficiente inteligencia como para saber que el atentado cometido, aun suponiendo que le hubiese dado resultado, hubiera representado un esfuerzo completamente inútil. ¿Por qué? Se preguntaba una y otra vez.

¿Una venganza por la humillación que suponía el hecho de haberla tenido encerrada, bajo la acusación de dos asesinatos?

En medio de todo era joven y el cuerpo se impuso al alma. Se durmió profundamente y ya no se despertó hasta que sonó en la mesilla contigua el violento repiqueteo del teléfono.

Con los ojos pegados aún por el sueño, alargó la mano y tomó el aparato, llevándoselo a la oreja.

—Teniente Rynfall —dijo con voz pastosa.

—Habla el jefe —tronó la voz de Jason Scott—. ¡Rynfall! ¿Qué diablos es eso de estar acostado todavía siendo tan tarde?

—Perdone, jefe, pero son las… —Miró el reloj que tenía en la mesilla de noche—. Son las siete y cuarto de la mañana…

—¡Cualquier hora es buena para asesinar a la gente! —vociferó el jefe en un tono como el joven le había oído muy pocas veces—. ¡Escuche, a Wasser le han metido dos balazos en el cuerpo!

Rynfall pegó un respingo que le hizo sentar en la cama.

—¡Qué! ¿Cómo dice?

—Ya lo han oído. Acuda inmediatamente al lugar del crimen e

investigue. Luego venga a verme a mi despacho. ¡Ah! Wasser vivía en West Lake Way, número cuatrocientos treinta y siete. Eso es todo, Rynfall.

El joven colgó el teléfono, sumamente pensativo. Encendió un cigarrillo diciéndose que si Nasser había muerto, cinco minutos más o menos ya no tenían ninguna importancia. Pensó que Samara no había sido remisa en descargar su tercer golpe. Ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas desde su puesta en libertad.

Pero, se preguntó, ¿había sido ella verdaderamente? ¿Acaso estaba dispuesta a matar a los cuatro socios de la Ulhdin Gyroscope, aunque la consumación de su venganza la llevase a la cámara de gas?

Media hora más tarde se encontraba en el domicilio de Wasser, un apartamento puesto con lujo singular y en el que se notaba la hábil mano de un decorador profesional. Había un agente uniformado en la puerta, el cují le saludó, informándole de que el sargento Stack se hallaba ya en el interior.

Cruzó el umbral, encontrándose con el acostumbrado espectáculo de los fotógrafos, expertos en huellas y demás técnicos del Departamento. Stack salió a su encuentro al verle.

—El segundo de la lista ha caído ya —dijo expresivamente.

—¿Dónde está, sargento?

Stack señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Allí, en la habitación contigua. Dos balazos en el pecho, a quemarropa, como los otros.

Rynfall asintió mientras se acercaba a la habitación señalada. Un técnico de huellas marcaba en aquellos instantes los contornos del cadáver con un trozo de tiza. El muerto estaba tendido de espaldas y podían verse en su pecho con toda claridad los balazos fatales.

—¿Han interrogado ya a los vecinos del piso? —inquirió.

—Sí, pero nadie oyó nada. Comprenda, teniente; los pisos son a prueba de ruidos y, por otra parte, ya sabe usted que el asesino suple la falta de silenciador, apoyando directamente la boca de su pistola contra las ropas de la víctima.

—De todas formas, es extraño —comentó el joven—. Si nadie oyó nada, ¿cómo se ha sabido el crimen? Yo he recibido la noticia a las siete y cuarto, aproximadamente, lo cual significa que el cadáver fue descubierto por lo menos quince minutos antes.

—La casa tiene un conserje nocturno y otro diurno —respondió el sargento—. Cuando se relevan, el entrante hace un recorrido por todo el edificio. El conserje de día llegó al piso y vio la puerta entreabierta y luz a través de la misma. El hecho le extrañó, no por la luz, sino por la puerta abierta. Se asomó, llamó no le contestó nadie y…

—El resto se comprende fácilmente, Stack —dijo el joven.

Uno de los técnicos vino en aquel momento.

—Teniente, hemos encontrado un cabello negro en la mano del cadáver. Lo vamos a enviar al laboratorio para que lo comparen con los dos anteriores.

—De acuerdo.

Vino el forense, reconoció el cuerpo y dispuso que se lo llevaran al depósito de cadáveres para efectuar más tarde la autopsia. Luego, cuando los camilleros de la ambulancia se hubieron retirado con el muerto, empezó un minucioso registro del piso, a cargo de Rynfall, Stack y un par de agentes más.

El registro no les dijo nada de particular. Wasser era un hombre que vivía bien, gracias a los buenos ingresos que obtenía, pero no pudieron encontrar en el apartamiento ninguna pista que confirmara las sospechas que habían concebido. Al cabo de casi dos horas de trabajo hubieron de retirarse, precintando el piso como precaución indispensable y lógica en aquellas circunstancias.

—¿Qué hará ahora, teniente? —preguntó Stack—. ¿Irá a ver a Samara Ulhdin?

—No, Antes quiero saber qué dice el jefe. Usted, en cambio, se situará en las inmediaciones de su casa y vigilará el edificio discretamente. No la pierda de vista si por casualidad saliera a la calle.

—Entendido.

Rynfall se encaminó a la jefatura. Un agente le informó de que el jefe le aguardaba en su despacho, junto con dos visitantes, al parecer personajes de gran categoría.

El joven cruzó el umbral sin pérdida de tiempo. Scott le dirigió al verle una mirada furibunda.

—Ya era hora que apareciese por aquí, teniente —dijo con voz de trueno—. ¿Qué es lo que ha conseguido averiguar?

—Nada, excepto que parece que el asesinato ha sido cometido

por la misma mano —respondió Rynfall serenamente.

—No parece, sino que es —chilló Eaker, que era uno de los visitantes—. ¿Acaso no se da cuenta de que esa malvada mujer está cumpliendo lo que prometió hace tres años?

—Por supuesto, pero…

—Estoy viendo que el Departamento de Policía no hace todo lo que debiera —manifestó el otro visitante, con un tono algo más sosegado, aunque también enojado—. Un oficial de policía con un mínimo de inteligencia habría sabido evitar, por lo menos, los dos crímenes siguientes al de Uriah Johnson.

La mirada del joven se posó sobre el sujeto que acababa de hablar. Era un hombre de cuarenta y cinco años, alto, recio, de mandíbulas cuadradas y ojos penetrantes.

—Usted es el señor Mac Nultry —dijo.

—Tengo la suerte de seguir siéndolo todavía —contestó el aludido sarcásticamente.

—Pero a este paso, pronto dejaremos de existir —añadió Eaker acremente.

—Por favor, señores —rogó Rynfall—, no se precipiten en sus conclusiones. Al menos, en esta ocasión, tengo muy buenos motivos para saber que no fue Samara Ulhdin la autora de la muerte de Nab Wasser.

—Muchacho —gruñó el jefe—, acabo de recibir un informe del laboratorio en el que consta que se ha encontrado otro cabello negro en la mano derecha del muerto, cabello que procede de la misma cabeza que los anteriores. ¿Tiene alguna razón que pueda refutar convincentemente esta prueba?

—Tengo alguna, en efecto —convino el joven.

—No diga que ella no ha sido —le interrumpió Mac Nulty con gran vehemencia—. Samara ha matado a Wasser.

—¿En qué se funda usted para afirmarlo? —preguntó el joven tranquilamente.

—Le diré algo que le hará pensar mucho, teniente —contestó el aludido—. ¿No ha oído hablar nunca de las hembras de algunas fieras, a las que un cazador ha matado a su pareja? ¿No ha oído hablar nunca de ciertas especies de arácnidos, en las cuales la hembra devora al macho después de haber sido fecundada? ¿No oyó hablar jamás de un insecto llamado mantis religiosa, que hace

también lo mismo? Una leona es cien veces peor siempre que el macho… Y así podría ponerle mil ejemplos como apoyo de mis palabras, todos ellos referentes a la superior peligrosidad de la hembra de la especie, caso que, sin lugar a dudas, se da en la señora Ulhdin. Por eso —terminó con gran énfasis— exijo el arresto inmediato de esa mujer, bajo la acusación de asesinato premeditado.

Rynfall no se inmutó.

—Señor Mae Nulty —dijo—, creo que la Zoología no tiene que ver nada con el presente caso, por más que usted me haya hecho una serie de citas que hablan muy alto, indudablemente, de su capacidad científica. Pero no se puede arrestar solamente a una mujer porque hace tres años que prometiera vengarse de ustedes.

—¡Cómo! —estalló Eaker—. ¿Y las pruebas? ¿Es que no significan nada para usted, teniente?

Rynfall volvió los ojos hacia su jefe.

—Los asesinatos se cometieron sin lucha, según se deduce de los informes periciales, ¿no es eso?

—Así parece —admitió Jason Scott.

—Bien, podría estimarse como lógico hallar un cabello en la mano de Johnson, pero dos ya me parece un poco excesivo, la verdad.

—¡Son de ella, está demostrando indiscutiblemente! —protestó Eaker.

—Está demostrado que los cabellos pertenecen a la señora Ulhdin, pero no que ella ha sido la autora de los crímenes.

Mac Nulty le contempló con gesto suspicaz.

—Parece ser que la hermosura de la señora Ulhdin le ha impresionado sobremanera, teniente —dijo de modo intencionado —. Más que un oficial de policía parece usted su abogado defensor.

—Soy defensor de la verdad, señor Mac Nulty —contestó el joven reposadamente—. Y si la señora Ulhdin resultase ser la autora de esos crímenes, tenga por seguro que haré cuanto esté en mis manos para que la justicia caiga implacablemente sobre ella.

—El arma del crimen no ha sido hallada —apuntó Scott casi con timidez.

—La tiene ella, muy bien escondida —rezongó Eaker—. ¿Va a ser tan tonta como para dejarla al alcance de la mano de

cualquiera?

—Existe un poderoso motivo para creer que la señora Ulhdin no mató a Wasser —manifestó el joven.

—Será mejor que se explique de una vez —gruñó Scott.

—Sí, señor. —Rynfall miró a los dos socios de la Gyroscope—. Tengo informes, provenientes de la propia interesada, que el señor Wasser, aparte de algunos regalos de valor, como abrigos de pieles, le pasaba una pensión mensual de mil quinientos dólares. En estos tiempos, no hay nadie tan estúpido como para matar a la gallina de los huevos de oro, y esto es lo que Nab Wasser, les guste o no, representaba para Samara Ulhdin.

Hubo un momento de silencio, causado por la sensacional revelación que Rynfall acababa de hacer, revelación que de buena gana hubiese guardado para sí mismo. Pero, acuciado por las circunstancias, no había tenido otro remedio que hacer pública una cosa que, a juzgar por los rostros de sorpresa de Eaker y de Mac Nulty, permanecía ignorada de ellos.

—No acabo de creer tal cosa de Nab —rezongó el segundo, al cabo de unos momentos.

—¿Pagaba él de su bolsillo esa pensión? —preguntó Eaker con avidez de usurero.

—Me imagino que sí. —Rynfall no, pudo resistir a la tentación de asestar una lanzada a la pareja—. Es muy posible que Wasser se sintiese generoso, arrepentido quizá del inicuo engaño que ustedes cuatro hicieron al profesor y quisiera compensar a su viuda de la manera citada.

Las caras de los dos socios adquirieron al momento un pronunciado tinte purpúreo. Sin darles tiempo a reaccionar, Rynfall se dirigió a su jefe:

—Voy a entrevistarme una vez más con la señora Ulhdin —manifestó—. A pesar de que no creo que ella sea la asesina, convendría que pusiera un agente de vigilancia para cada uno de estos caballeros, a fin de proteger sus vidas.

CAPÍTULO XII

En aquella ocasión, Samara vestía una especie de túnica china, de seda negra, con grandes bordados de dragones negros, de cuello alto y cerrado, y pantalones muy ajustados del mismo color. Se calzaba coa unos zapatos que, sustancialmente, apenas si eran más que dos tiras, una suela y un tacón altísimo, que aumentaba notablemente su ya elevada estatura. Como fuera, Rynfall la encontraba hermosa de todas formas… Pero cada vez que pensaba en las relaciones que la habían unido a Nab Wasser sentía en la boca un gusto amargo, que no podía evitar, por más esfuerzos que hacía.

Samara le acogió con cierto calor, puesto de relieve en la brillante sonrisa de sus labios.

—No esperaba verle de nueva ni tan pronto, teniente —manifestó—. Pero me alegro de que haya venido, se lo digo sinceramente.

—Gracias —contestó él, con el rostro muy serio—. Agradezco sus palabras, pero…

—Espere —le atajó ella—. Hablaremos mejor delante de unas copas, ¿no le parece? Por favor, deme su sombrero y su impermeable.

Rynfall obedeció en silencio. Ella se llevó ambas prendas y regresó a poco.

—Venga al saloncito, teniente. Y por favor, borre de su cara esa expresión de enterrador.

—Me va a ser difícil —comentó él.

—¿Por qué?

Llegaron al saloncito. Rynfall se sentó en el diván, mientras ella preparaba las bebidas.

—Wasser ha sido asesinado —dijo Rynfall sin rodeos.

Samara suspendió un instante su labor. Luego, sin mirarle, dijo:

—Es curioso. Cada vez que viene a visitarme, tiene que hacerme preguntas sobre crímenes. ¿Cuándo vendrá a verme para hablar de otros temas menos desagradables?

—Cuando haya dado con el asesino de Johnson, Blatt y Wasser —respondió él. Y con harta intención, añadió—: Al parecer, no le ha impresionado demasiado la muerte de Wasser.

Ella se separó del aparador y se le acercó, entregándole una copa. Se sentó a su lado, mirándole fijamente a los ojos.

—Escuché la noticia en un boletín informativo de la radio. Ya me he recuperado aunque puede creer que he sufrido un rudo golpe al enterarme de su muerte.

—¿Le amaba? —preguntó Rynfall.

Samara sacudió la cabeza.

—No. Le apreciaba mucho, simplemente.

—¿A causa de los dieciocho mil dólares anuales y de algún que otro abrigo de pieles?

—Verá, teniente; Wasser fue el único de los cuatro socios que reconoció honradamente que lo que habían hecho con mi esposo era una miserable jugarreta. Los obsequios que me hacía y la pensión que me pasaba, no eran sino una pequeña compensación por lo que yo había perdido. Puesto que todo provino de él, sin la menor presión por mi parte, resulta lógico pensar que le debía por lo menos agradecimiento.

Rynfall tomó un sorbo de su vaso.

—En lo cual tiene usted razón, indudablemente. Pero los obsequios y la pensión dan derecho a pensar mal de usted y del difunto Wasser.

—Le permito que piense como quiera, excepto en el sentido de que yo soy una asesina —contestó Samara reposadamente—. No me enfadaré, se lo aseguro.

—Celebro mucho su ecuanimidad. Y, dígame, ahora que él ha muerto, usted viene a quedar en lo que podríamos llamar una difícil situación económica, ¿no es cierto?

—Admitámoslo —dijo Samara.

—¿Qué hará entonces?

Ella se reclinó en el diván, mirándole a través de sus frondosas

pestañas.

—Puedo buscarme un sustituto adecuado de Wasser —dijo tranquilamente.

—Y no dudo que lo hallará —convino el joven, dominando la amargura que hervía en su interior—. ¿Es ése el respeto que debe a la memoria de su esposo?

Los ojos de Samara chispearon un momento.

—Convendría que dejásemos por un momento mis asuntos personales, teniente —exclamó con voz metálica—. ¿No me inculpa esta vez de la muerte de Wasser?

—Se ha encontrado en su mano derecha un cabello negro. Procede de su cabeza —dijo Rynfall sin pestañear.

Samara palideció unos instantes.

—¡Eso es imposible!

—Es la verdad —afirmó él.

—¿A qué hora murió Wasser?

—Según el informe pericial, alrededor de las cuatro de la madrugada.

—Lo siento. En este caso, no puedo presentar coartada alguna.

—¿Por qué?

—Resido sola en mi apartamiento. No he salido del mismo desde que me trajo usted de la Jefatura de Policía.

—Eso no es cierto.

Samara pareció irritarse.

—No trate de acusarme de algo que no he hecho. ¿En qué se basa para creer que pude salir después de que usted y yo nos separamos ayer por la tarde?

—Le diré, señora Ulhdin. Después de dejarla a la puerta de su casa, se me ocurrió ir hasta el lugar donde su esposo sufrió el accidente fatal. Paré el coche, me apeé y estuve examinando desde arriba el barranco. Cuando estaba más descuidado, se m/e arrojó encima un coche con ánimo de atropellarme y lanzarme al vacío.

—¡Qué! ¿Sugiere usted que era yo la que iba en ese coche?

—Tuve tiempo de esquivar la acometida y también de ver unos ojos negros, una espesa cabellera negra y también un abrigo idéntico al que tiene usted en su ropero… Perdón, el cuello de piel del abrigo, dado que mi posición y la estructura del automóvil me impedían divisar más detalles. Pero —concluyó el joven con voz

firme— no puedo dudar de lo que vi con mis propios ojos.

Samara meditó unos segundos.

—Así que trataron de asesinarle.

—Exactamente.

—¿Y usted cree que fui yo?

—No sé qué pensar. Ya sé que es absurdo… Con mi muerte, usted o el verdadero asesino no resolverían nada, pero el hecho se produjo; no hay dudas ni alucinaciones, puedo asegurarlo.

La joven se reclinó nuevamente en el diván.

—Unos cabellos negros, un intento de asesinato… —dijo meditativa—. Señor Rynfall, ¿no se le ha ocurrido pensar por un momento que puede haber alguien interesado en achacarme esos crímenes?

—Confieso que sí, pero no se me ocurre quién pueda ser. ¿Tiene usted alguna idea al respecto?

—No, en absoluto. Lo que sí sé es que alguien se está aprovechando de las palabras que pronuncié imprudentemente hace tres años en un momento de exasperación.

—Ésa es otra de las cosas que me preocupan. ¿Por qué esperar tres años a realizar la venganza? Para preparar unos crímenes como los que se han cometido no se necesita tanto tiempo; al menos, así opino yo.

—Entonces, ¿no me cree la autora de esos asesinatos? —preguntó Samara mirándole fijamente.

—Podría decirle que no, pero también puede suceder que haya encomendado a otra persona la comisión material de los crímenes. Igualmente pudo dejar pasar todo este tiempo a fin de adormecer la confianza de los cuatro hombres que engañaron a su esposo.

—Sí —admitió ella—. Visto desde su ángulo particular, así puede haber sucedido. Y no le reprocho porque piense de tal manera, teniente; me hago cargo de su profesión. Lo vínico que puedo decir en mi descargo, por supuesto sin pruebas que apoyen mis palabras, es que soy inocente. Eso es todo, señor Rynfall.

—Me gustaría creerla, señora Ulhdin, y particularmente me siento inclinado a ello. Pero acaba usted de mencionar mi profesión.

—Lo cual le obliga a ser suspicaz.

—Exactamente.

—Entonces deténgame, por favor.

Rynfall volvió a contemplarla. Arrebatadoramente hermosa, pero…

¿Asesina? ¿Impulsora de tinos asesinos?

—No. No lo haré, a menos que tenga unas pruebas mucho más concluyentes que las que he podido hallar hasta ahora.

—Muchas gracias. Celebro su buen juicio, teniente. Le advierto, de todas formas, que no pienso abandonar la ciudad. Gleasonville me gusta especialmente. —Le dirigió una larga mirada que, pese a sus prevenciones, provocó en el joven un singular cambio de ritmo en los latidos de su víscera cardíaca.

—A mí también me gusta mucho —convino el joven.

Hubo una pausa en la conversación. Los vasos estaban vacíos.

—Serviré más bebida —apuntó la joven.

—No, por favor, ya tengo bastante. Si no le importa, tomaré un cigarrillo.

—Aquí tiene —ofreció Samara.

Había una mesita baja delante de ellos y encima de la misma, una caja de madera tallada. Samara levantó la tapa y le ofreció al joven, colocándose luego otro pitillo entre los labios.

Rynfall se dispuso a sacar su encendedor, pero vio en el interior de la cajita una tira de fósforos. Al tomarla para encender un cigarrillo, divisó en la tapa algo que le llenó de extrañeza.

Había una fotografía de Nab Wasser. El hombre estaba vestido de etiqueta, sonreía y miraba directamente al objetivo de la cámara. En el anverso de la fotografía pudo ver una inscripción:

CORTESIA DEL CLUB A SUS CLIENTES

Miró a la joven.

—Me lo dio el señor Wasser hace tiempo —explicó ella—. A algunos de los mejores clientes se les obsequia con alguna de estas tiras de fósforos, en las que se ha obtenido una fotografía previamente obtenida durante su estancia en el local. Una de las veces que estuve en su casa, sentía deseos de fumar y al no tener el encendedor, él me regaló esa tira de fósforos. Debía ser la última, creo.

Rynfall asintió pensativamente, mientras volvía los ojos hacía la fotografía. Ahora se dio cuenta de un detalle que le había pasado inadvertido anteriormente; apoyada sobre el antebrazo izquierdo de

Wasser, que estaba sobre la mesa, se divisaba una mano de mujer.

Levantó los ojos. Samara pareció adivinarle el pensamiento.

—Esa mano no es mía —dijo muy seria.

Rynfall prendió un fósforo y acercó la llama al pitillo de la joven y luego encendió el suyo.

—¿Tiene algún inconveniente en que me guarda los fósforos? —preguntó.

—En absoluto —respondió ella—. Puede quedárselos con toda tranquilidad. ¿Es que ha encontrado algo interesante en esa fotografía?

—Quizá —respondió él en tono ambiguo, guardando la tira de fósforos en el bolsillo superior de su chaqueta—. Ahora, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Es su profesión —sonrió Samara.

—¿Está segura de que no salió ayer de casa, desde el momento en que nos separamos?

—Claro, No tengo, testigos que corroboren mi afirmación, pero ésta es la pura verdad.

—Entonces, ¿quién pudo haber utilizado su coche para intentar asesinarme?

—¿Acaso sabe usted de cierto si era mi coche?

Rynfall se puso rígido.

—Dígame la marca, color y matrícula —respondió, sacando libreta y lápiz.

—Es un «Ford Mercury», color crema, matrícula 2 MY —0730.

—Gracias. —Rynfall guardó la libreta y el lápiz y se puso en pie —. Tengo que irme, señora.

—Le traeré el sombrero y el impermeable.

A punto de despedirse, Samara dijo:

—Gracias por confiar en mí, teniente.

—Todavía no confío del todo, si quiere que le diga la verdad.

Samara sonrió levemente.

—Sí, lo que pasa es que le molesta confesarlo. Pero no se lo reprocho. —Hizo una corta pausa—. Tengo ganas de que venga un día a hablar conmigo de algo que no sean crímenes y asesinatos.

—Tal vez lo haga —respondió él sin seguridad.

En la calle se encontró con el sargento Stack.

—Siga vigilando la casa. Ahora le enviaré relevo; es preciso

tener a la señora Ulhdin bajo una constante vigilancia, esté donde esté y vaya adonde vaya.

—Bien, señor —contestó el sargento.

CAPÍTULO XIII

Sentado tras su mesa de despacho, Bram Rynfall reflexionaba profundamente.

¿Qué pasaba en el
Circle's?

Todos cuantos se hallaban implicados en aquel misterio habían tenido alguna relación, de un modo u otro, con aquel club: Johnson, Blatt, en su calidad de barman; Lana Marjoln, Wasser —la tira de fósforos con fotografía no se regalaba a clientes accidentales precisamente—, Samara Ulhdin… ¿Qué ocurría en el
Circle's?

Abrió el cajón y extrajo del mismo una potente lupa, con la cual examinó nuevamente la mano apoyada sobre el antebrazo de Nab Wasser. Era de mujer, indudablemente, y Samara tenía razón al decir que no era la suya, puesto que hasta el más lerdo hubiese podido distinguir entre aquella mano de trazos un tanto regordetes que había fijado el objetivo del fotógrafo y la de dedos finos y alargados de Samara. Por otra parte, se había fijado muy bien en el detalle, Samara no se pintaba nunca las uñas, y aunque la fotografía era en blanco y negro, podía verse con toda claridad que las de la mujer sentada junto a Wasser estaban pintadas de un tono que, de haber sido la fotografía hecha en color, se habría visto rojo intenso.

Este detalle, sin embargo, no era definitivo, muchas mujeres se pintaban las uñas de aquella manera. Pero, en cambio, la cámara había captado una gran pulsera, al parecer de oro, hecha de gruesos eslabones cuadrados y de tres filas de los mismos, muy apretados los unos con los otros. ¿Quién era la propietaria de aquella pulsera?

Era una lástima que Wasser no estuviera vivo, se dijo, podría haber contado muchas cosas interesantes acerca del

Circle's.
Bruscamente, se le ocurrió una idea.

Era ya de noche. Guardó nuevamente la tira de fósforos, se puso en pie y requirió el impermeable y el sombrero. Poco después estaba en la calle, con un coche del Departamento, pero sin insignias exteriores que pudieran delatar su condición.

Apenas hubo arrancado, puso en marcha el limpiavidrios. Los cepillos barrían rítmicamente las menudas gotas de lluvia que se fijaban en el parabrisas. El negro espejo del asfalto mojado devolvía las luces de la calle con toda intensidad.

Poco más tarde detenía el coche en las cercanías del
Circle's.
Salió fuera, cruzó la calle rápidamente y unos momentos más tarde penetraba en el local.

Buscó una mesa discreta y permaneció en el club cerca de una hora. Al fin hubo de convencerse de que lo que buscaba no estaba allí.

Abonó la consumición y se puso en pie. Acercóse al mostrador y habló brevemente con Chuck, el barman. Un billete de diez dólares le puso en conocimiento del dato que buscaba. Encargó a Chuck la mayor discreción.

* * *

Lana Marjoln abrió la puerta, alargó la mano, tocó el interruptor y una cascada de luz disipó las tinieblas. Cerró la puerta con un seco taconazo, lanzó la capa de pieles de cualquier forma sobre una silla próxima y luego sacudió la pierna derecha. El zapato de aquel pie voló por los aires, seguido inmediatamente de su pareja.

Descalza, caminó por la espesa alfombra que cubría el suelo en su casi totalidad. Mientras bostezaba aparatosamente, empezó a bajarse el cierre relámpago de la espalda de su escotado vestido, hecha especialmente para hacer destacar las abundantes curvas de su exuberante anatomía.

Cruzó el umbral de la puerta siguiente y se detuvo en seco, con ambas manos puestas sobre los tirantes de su vestido. Frunció el ceño al ver al hombre que, sentado en un diván, fumaba tranquilamente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó en tono despegado.

—Quería hablar con usted, Lana —contestó Rynfall—. Pero me pareció que si le pedía una cita en el Circle's, tal vez me la negase, así que discurrí este medio para esperarla sin el temor a funestas negativas.

—Me parece que no tenemos nada de qué hablar los dos —dijo la cantante—. Y su rango de teniente de policía no le confiere ningún derecho para entrar en las casas ajenas a las tantas de la madrugada. Ni a cualquiera otra, por supuesto.

—Sus palabras compaginan muy mal con las que me dijo el otro día en el Circle's —contestó Rynfall sin inmutarse ante la violencia del tono empleado por la cantante.

Lana vaciló un momento.

—Al menos, podía haberme pedido la llave —dijo tratando de borrar la mala impresión de sus anteriores frases.

—¿Me la hubiera entregado?

La cantante esbozó una sonrisa.

—Será mejor que nos tomemos una copa. Espere que me cambie de ropa en unos minutos.

Lana volvió poco después. Se había puesto una bata semitransparente, que permitía adivinar los pródigos encantos de su cuerpo, y sus pies estaban calzados ahora con unas chinelas de tacón alto, adornadas con un enorme pompón rojo. Traía en la mano sendos high-balls, en los que tintineaba el hielo, y al entregarle el suyo a Rynfall, se inclinó hacia adelante, sin que pareciera preocuparle demasiado el hecho de que se le abriese el escote de la bata y enseñara el comienzo de los indudables atractivos de su opulento busto.

—Muy bien —dijo, sentándose en el diván y cruzando ambas piernas de un ~modo sugestivo—. ¿Y ahora, de qué hablamos?

Rynfall tomó un sorbo de su bebida. Luego dejó el vaso alto sobre una mesita cercana y sacó cigarrillos, ofreciéndole uno a la cantante. Lana se lo colocó entre los labios y esperó a que su visitante le ofreciese fuego.

El joven extrajo a continuación la tira de fósforos que le había

entregado Samara. Arrancó uno, lo frotó contra la lija y acercó la llama al cigarrillo de Lana, pero procurando mantener con la mano izquierda, como si protegiese la llama contra el viento, la tira de fósforos, de tal modo que la fotografía impresa quedase directamente frente a los ojos de Lana Marjoln.

Lana aspiró el humo. Luego lo expulsó lentamente, mientras la sonrisa se borraba de sus labios de los cuales había quitado el pitillo con gesto brusco.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Simplemente, quería saber si conocía a este sujeto —sonrió Rynfall, tranquilamente.

—Sí —dijo ella con voz crispada—. Lo conocía. Era buen amigo mío.

—¿El sustituto de Johnson?

Los ojos de la cantante relampaguearon.

—Eso no le importa, policía.

—Creo que se equivoca —declaró el joven en tono natural—. Si Wasser no era el sustituto de Johnson, poco le faltaba.

—¿Por qué se interesa tanto por eso? —La voz de Lana había perdido toda cordialidad.

—Es mi profesión —respondió él suavemente.

—¿Le autoriza a entrometerse en los asuntos particulares de las personas?

—Cuando hay algunos asesinatos de por medio, sí, desde luego.

Ella se puso en pie bruscamente.

—Será mejor que se vaya de mi casa, teniente. La entrevista ha terminado.

—La proseguiremos en la Jefatura de Policía.

—No tiene ninguna base para obligarme a ir allí —protestó Lana.

—Quizá la encuentre el fiscal que lleva este caso.

—¿De veras? —se burló la cantante—. Pruebe que yo tengo alguna relación con la muerte de Johnson o de Wasser. Me gustaría saber cuáles son sus pensamientos al respecto, polizonte.

Sin perder la calma, Rynfall metió la mano en el bolsillo de su impermeable y extrajo del mismo un objeto que mantuvo en alto durante unos segundos. La pulsera de eslabones cuadrados despidió vivísimos destellos al ser herida por las luces de la estancia.

En medio de un helado silencio, la dejó sobre la mesita. Luego enseñó otra vez su tira de fósforos.

—Vea esta mano, apoyada sobre el brazo del difunto Wasser. Con una lupa mediana se pueden apreciar claramente los menores detalles de la pulsera que usted llevaba puesta la noche en que fue impresionada la fotografía, seguramente durante uno de los intervalos de su actuación. Y ahora que ya no puede negar la realidad de las cosas, ¿hablará claramente o tendré que llevármela a la Jefatura, acusada de complicidad en tres asesinatos?

El rostro de la cantante palideció horriblemente. Se llevó una mano a la garganta, haciendo un gesto instintivo, mientras contemplaba al joven con ojos que amenazaban salirse de las órbitas.

—Yo… Yo no sé nada —balbució, perdida la hostil firmeza inicial.

—Vamos, vamos —dijo el joven en tono confianzudo— sea buena, chica y hable. Usted sabe más, mucho más, de lo que aparenta o quiere aparentar, y eso no es bueno, quiero decir, que no es bueno callárselo. Cuando hay tres muertes de por medio, el juez no se siente inclinado a la benevolencia con los cómplices, a menos que estos digan todo cuanto saben. Y usted sabe mucho, insisto.

Lana vaciló unos instantes.

—Le aseguro que…

—Ignoro las razones —añadió Rynfall—, pero el Circle's es centro de alguna actividad delictiva, que ha tenido como consecuencia la comisión de tres asesinatos. Y no pretenda negar la evidencia, porque cuando hablamos la primera vez dijo que usted era rubia y la asesina era morena, sin que yo hubiese citado para nada el color de los cabellos.

—Me enseñó la fotografía —adujó Lana.

—Era una fotografía en blanco y negro. No es posible, por tanto, conocer el color del cabello de una persona, a menos que sea de un rubio muy claro, como el suyo. Aquella mujer podía haber tenido el cabello castaño, o pelirroja —el rojo da negro en los negativos corrientes— o rubio oscuro… y usted aseguró enfáticamente que era rubia y no morena. Luego se fijó en ella más de lo que sus declaraciones dieron, a entender. ¿Ha comprendido ahora?

Lana asintió.

—¿Qué? ¿Qué me pasará si digo lo que sé? No es mucho, se lo advierto.

—Bien, supongo que el fiscal se sentirá inclinado a la benevolencia, sobre todo si sus declaraciones arrojan la suficiente luz sobre este asunto. Vamos, sea buena chica y hable de una vez.

—Está bien. La noche en que esa mujer estuvo en el Circle's…

Repentinamente estalló un disparo.

Rynfall estaba frente a Lana, la cual daba la espalda en aquel momento a la puerta del saloncito.

Con toda claridad, vio la horrible expresión de agonía que distorsionaba el rostro de la cantante al recibir el balazo.

Sonó otra detonación. El cuerpo de Lana sufrió una segunda sacudida. Luego, de modo brusco, se venció hacia adelante, cayendo en los brazos del joven.

CAPÍTULO XIV

Tenía el rostro cubierto de sombras cuando entró en el despacho de su jefe. Había un visitante en la estancia, pero no reparó apenas en el individuo, preocupado como estaba por el suceso de la noche anterior.

Jason Scott le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Teniente?

—Ha muerto. Sin recobrar el conocimiento —informó el joven con acento lleno de amargura.

Scott movió la cabeza.

—Ha sido una desdichada circunstancia —comentó.

—Lo peor de todo es que no pude atraparlo —añadió Rynfall—. Lana cayó sobre mí, de tal forma, que al hallarme desprevenido, me derribó al suelo. El asesino aprovechó la ocasión y escapó antes de que pudiera echarle el guante.

Hubo un momento de silencio. Luego el jefe dijo:

—Teniente, tengo el gusto de presentarle al inspector Doreen, de la Oficina Federal de Investigaciones. Inspector, el teniente Rynfall, encargado del caso.

Rynfall miró al inspector con sorpresa.

—¿Un federal? —dijo.

—Así es —contestó Doreen con amplia sonrisa—. ¿Cómo está, teniente?

—Mucho gusto —respondió él—. Ah, clara, me olvidaba que hay gente de la Gyroscope implicada en el caso.

—Justamente por eso nos hallamos nosotros tan interesados en ayudarles —manifestó Doreen—. En realidad, hace ya tres años que estamos vigilando a la Gyroscope, sobre todo, después de la extraña muerte de su fundador.

—El jefe de la División de Tránsito ha sufrido una severa sanción por no haber investigado más a fondo lo que parecía un accidente y resultó ser un asesinato —declaró el jefe Scott tajantemente.

—Aquel crimen —dijo el federal— no tiene que ver con estos asesinatos, hasta cierto punto, claro está. A mi entender, se debió a que los otros cuatro socios de la empresa, o alguno de ellos, trató de aprovecharse de las condicionas leoninas del contrato. Ahora, la cosa ya es muy distinta; ya no se trata solamente de aprovecharse de unos sustanciosos beneficios y de quedarse con la mayor parte, o toda la empresa. Se trata de la seguridad nacional, sencillamente.

—¿Sospecha usted de alguno de los socios supervivientes? —preguntó el joven.

—No les confiaría ni la calderilla suficiente para adquirir el periódico —declaró Doreen redondamente.

—Entonces, sólo espera las pruebas necesarias para detenerles —sugirió el joven.

—Justamente.

Rynfall meditó unos instantes.

—Parece ser que el

Circle's

era centro de sus actividades —murmuró—. El barban murió, pero ¿por qué? No parecía estar complicado en el asunto ya que no se le advirtieron ingresos superiores a los que obtenía normalmente con su profesión. Sus antecedentes eran buenos en todos los sentidos, incluso el político.

—Acaso vio algo que no convenía que se hiciera público —sugirió el jefe de policía.

Rynfall se quedó mirando a Jason Scott. Las palabras que acababa de escuchar le parecieron de repente una débil luz al extremo de un oscuro túnel.

En aquel momento sonó una llamada a la puerta. Scott dio permiso y entró un hombre, con una carpeta en la mano.

—Jefe —informó—, los dos proyectiles que causaron la muerte a Lana Marjoln salieron de la misma pistola con la que se cometieron los tres asesinatos anteriores.

—Entonces, es obvio que Samara Ulhdin no pudo ser —declaró Rynfall vivamente.

—¿Por qué? —inquirió el federal.

—La tengo bien vigilada desde ayer por la tarde y me consta que no ha salido para nada de su casa.

Scott se quedó con la carpeta. Hizo una seña y el técnico se retiró.

—Será cosa de empezar a apretar las clavijas de firme a Eaker y a Mac Nulty —dijo Doreen—. Esos tipos han estado haciendo de fijo algo non sancto y de alguna forma se les ha descubierto, por lo que andan por ahí matando a la gente para tapar sus enredos.

—¿Supone usted que han estado vendiendo secretos de su fábrica? —exclamó Rynfall.

—El que no los ha vendido he sido yo —rió Doreen—. No aseguraría que hayan sido los dos, pero uno de ellos, por lo menos, tiene las manos tan sucias que no se las podrá lavar posiblemente en el resto de sus días.

Rynfall asintió con gesto pensativo. Mientras los dos hombres hablaban, volvió a reflexionar sobre las palabras que su jefe había pronunciado hacía poco.

¿Había muerto Blatt porque había visto algo que no convenía a alguien que se hiciera público?

Eso era forzosamente lo que debía haber ocurrido, a menos que tuviera relación alguna con los que vendían los secretos de la Gyroscope, cosa que parecía fuera de lugar. «Pero, se dijo, un barman tiene ocasión de ver muchas cosas desde el observatorio de su mostrador. Y Lana también tuvo que ver algo mientras actuaba en el tablado». ¿Qué fue lo que vieron ambos?, se preguntó.

Repitió mentalmente la pregunta. ¿Era correcta?

«¿Qué vieron ambos?».

La frase parecía sugerir que Blatt y Lana habían visto la misma cosa y al mismo tiempo. Por dicha razón habían muerto asesinados.

Si consiguiera saberlo…

El sargento Stack entró de pronto con una carpeta en la mano.

—¿Jefe? —saludó. Se dirigió al joven—. Teniente, aquí están los informes que me pidió.

—Gracias, Stack. Espere unos momentos en el antedespacho, por favor.

—¿Qué informes son ésos? —preguntó Scott, curioso.

—Ordené que se practicase una minuciosa investigación de

todas las personas que podían estar implicadas en este caso —contestó el joven—. En esta carpeta, creo, se hallan relacionados todos cuantos antecedentes se ha podido reunir acerca de los mismos.

—Está bien. —Scott siguió hablando con Doreen, en tanto que el joven se enfrascaba en el estudio de los informes que acababan de darle.

Transcurrió media hora. De repente, Rynfall lanzó un agudo grito.

Scott y Doreen suspendieron su conversación.

—¿Qué ocurre, teniente? —preguntó el jefe.

Rynfall tomó un lápiz y escribió algo en un papel.

—Haga el favor de poner un mensaje urgente al Servicio de Inmigración —dijo—. Le llamaré por teléfono más tarde, a fin de conocer la respuesta.

Y sin añadir una sola palabra más, salió del despacho.

Stack se puso en pie al verle.

—¿Le acompaño, teniente?

—Gracias, sargento. Será mejor que se quede aquí, por si el jefe lo necesitara. Creo que puedo desempeñarme yo sólo en lo que pienso realizar.

Descendió al garaje y pidió un automóvil sin distintivos particulares. Momentos después salía a la calle en dirección a la casa de Samara.

Llegó un cuarto de hora más tarde. Un minuto después, llamaba a la puerta del apartamiento de la joven.

Los ojos de Sámara chispearon al verle.

—Más crímenes, ¿no es eso? —Fue su saludo.

—Desgraciadamente, sí. ¿Ha leído los periódicos?

—No. ¿Qué ha sucedido?

—Lana Marjoln la cantante del
Circle’s
ha sido asesinada de dos balazos.

Samara cerró los ojos un instante.

—¡Es horrible! —musitó, inspirando con fuerza—. ¿Quién es el autor de esa ola de sangre? —Le miró fijamente—. Supongo que no me echará esta vez la culpa de ese asesinato.

—Ciertamente, no; sé positivamente que usted estaba en casa

cuando Lana murió. Y yo estaba junto a ella y no pude evitar su muerte.

Los ojos de la joven se dilataron.

—Será mejor que me lo cuente todo adentro —apuntó—. ¿Quiere algo de beber? Siento que yo lo estoy necesitando.

—De acuerdo.

Poco más tarde, Samara sabía todo lo relativo a la trágica muerte de la cantante. Cuando el joven hubo terminado, permaneció unos momentos silenciosa.

—¿Cómo supo que ella tenía algo que ver con este asunto?

Rynfall le enseñó la tira de fósforos.

—Esta mano pertenecía, en el momento de impresionar la placa, a Lana Marjoln. —Le explicó el proceso de sus deducciones y luego preguntó—. ¿Recuerda si la última noche en que usted estuvo en el Circle's
estaba ella cantando en el escenario?

—Sí, desde luego.

—¿Está segura?

—Absoluta y enfáticamente, sí.

—¿La conocía usted personalmente?

—No.

—¿Sabe si ella la conocía a usted?

—No puedo asegurárselo, desde luego.

—Desde que está en Gleasonville, mejor dicho, desde que murió su esposo, ¿cuántas veces ha acudido usted al
Circle's?

—Cinco o seis, no recuerdo exactamente.

—¿Actuaba siempre Lana Marjoln?

—En las dos o tres últimas ocasiones, sí, lo recuerdo perfectamente.

—¿Fue alguna vez sola?

—No. En una ocasión me llevó Nab Wasser. La noche en que murió Johnson y la vez inmediatamente anterior, fui acompañada de mi cuñado Sam.

—Entonces, es fácil que Lana se hubiese fijado en usted —sugirió Rynfall—. En una ocasión acudió acompañada de Wasser y, por otra parte, usted es sobradamente hermosa y elegante para que no sólo se fijasen en usted los hombres, sino también las mujeres.

Ya sabe lo que suele pasar en semejantes ocasiones, ¿no es cierto?

—Supongámoslo —convino Samara—. Pero ¿qué tienen que ver esas preguntas con lo que ha ocurrido?

—Tenga calma, ya llegaremos al final. Parecía lógico suponer que Lana Marjoln, desde el escenario, pudo fijarse en su momentánea ausencia cuando fue al tocador aquella noche, ¿no cree?

—Es posible —admitió la joven—. No podría asegurarlo, sin embargo, teniente.

—Tampoco importa demasiado, en realidad —sonrió Rynfall—. Y ahora, por favor, dígame, ¿dónde guarda su coche?

—En un garaje que hay en esta misma manzana, a la vuelta de la esquina. ¿Por qué lo pregunta?

—Le he dicho que debe tener calma. Por favor, ¿querría acompañarme al garaje? Acaso el vigilante no quiera dejarme examinar su automóvil sin el permiso de la propietaria.

—Está bien —accedió Samara—. Déjeme unos minutos para arreglarme y enseguida soy con usted.

—Tómese todo el tiempo que quiera —concedió el joven magnánimamente—. No hay ninguna prisa.

CAPÍTULO XV

Una vez en la calle, Rynfall despidió al agente que estaba de plantón en las cercanías del edificio.

—De modo que así es cómo usted ha sabido que yo no abandoné mi casa ayer —dijo ella en tono de reproche.

—Lo siento. No es usted la única que está vigilada —respondió el joven en tono de excusa—. ¿Seguimos?

—Sí, claro.

Dieron la vuelta a la esquina y llegaron al garaje. Descendieron la rampa de acceso y cuando llegaban casi a su final, un hombre joven, vestido con un mono de mecánico, manchado de grasa, salió a su encuentro, limpiándose las manos con una bola de borra.

—¿Señora Ulhdin? —saludó con una inclinación de cabeza.

—Hola, Dave —contestó ella—. Le presento al teniente Rynfall, de la División de Homicidios. Quiere examinar mi automóvil.

—Sí, señora. Vengan por aquí, hagan el favor.

Había unas dos docenas de automóviles guardados es el garaje, que era subterráneo, aunque estaba dotado de un eficiente sistema de iluminación. El mecánico les guió hasta donde se hallaba el «Ford Mercury» de la joven, cuyas características, según comprobó Rynfall rápidamente, correspondían en un todo a las que ella le había facilitado dos días antes.

—Gracias, Dave —dijo Rynfall. Y el mecánico, comprendiendo, se retiró en el acto.

Rynfall abrió la portezuela y se sentó en el asiento delantero, examinando el salpicadero y la guantera con todo detenimiento.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó ella, curiosa.

Rynfall no contestó. Bajándose del coche, caminó hasta la parte posterior, levantando la tapa de la maleta, con resultado negativo.

—Es raro —musitó—. Hubiera jurado que…

—¿Qué? —dijo Samara, tremendamente intrigada por la actitud del joven.

—Espere —respondió él lacónicamente.

A continuación levantó los asientos. Fracasada la búsqueda, tanteó con cuidado el tapizado de los mismos, sin encontrar señales de que hubiese sido alterado recientemente. Desalentado, dejó caer los brazos a lo largo de los costados.

—Lo siento —dijo—. Creía haber dado con una buena pista, pero creo que he fallado.

—Me gustaría saber qué es lo que pretende con sus pesquisas —dijo Samara.

—Aguarde un instante. ¡Dave, por favor! —llamó, alzando la voz lo suficiente para que el mecánico le oyera.

Dave acudió en el acto.

—¿Teniente?

—Quiero hacerle una pregunta —dijo el joven—. No le importe que esté la señora Ulhdin delante, porque ella me lo hubiera dicho, de todas formas. Pero prefiero oírlo de sus labios.

—De acuerdo, teniente —dijo Dave—. Hable lo que sea.

—Muy bien. Dígame una cosa, ¿cuánto tiempo hace que la señora Ulhdin no utiliza su coche? O, haciendo la pregunta de otra forma, ¿cuándo fue la última vez que ella uso el automóvil? Piénselo bien antes de dar una respuesta definitiva, Dave.

—No hay necesidad de pensarlo, teniente —contestó el mecánico—. La última vez que la señora Ulhdin sacó su automóvil del garaje fue la víspera de que la encerrasen en la cárcel acusada de unos crímenes que luego no cometió. Cosa de la cual me alegro infinito, señora —dijo Dave, mirándola a ella.

—Muchas gracias por sus buenos deseos, Dave —contestó Samara.

—De modo que la señora Ulhdin hace unos cuantos días, una semana al menos, que no toca su coche —dijo Rynfall en tono meditabundo.

—Estoy dispuesto a jurarlo donde sea, teniente —afirmó el mecánico.

Momentáneamente desalentado, Rynfall se volvió hacia la joven.

—Entonces, ¿de quién es el automóvil que me acometió el otro

día? Porque era exactamente igual que el suyo, estoy seguro… y además, parte de la matrícula, en lo que puedo recordar, era la misma. Las tres cifras eran un siete, un tres y un cero, desde luego, no me cabe la menor duda.

—¿Dice usted un coche igual al de la señora Ulhdin? —exclamó de pronto el mecánico—. Aquí hay uno, teniente. ¿Quiere verlo?

—Sí —accedió Rynfall, presa de un súbito presentimiento.

Dave les condujo hasta un automóvil exactamente igual al de la joven en lodos los detalles, salvo en uno.

—La matrícula es diferente —observó él, ligeramente decepcionado—. Termina en cuarenta y seis.

—¿A quién pertenece este automóvil? —preguntó Samara de repente.

—Es de un tal Stan Upton —contestó Dave—. Vive en el trescientos cincuenta y cuatro, en esta misma calle.

—Stan Upton —repitió el joven, meditabundo. De repente hizo chasquear los dedos—. Claro, coincide —exclamó.

—¿Qué es lo que coincide? —preguntó la joven.

—Un momento, por favor. —Rynfall quiso abrir la portezuela, pero la encontró cerrada con llave. Se volvió hacia el mecánico—. Dave, no me diga que cuando quiere no es capaz de abrir un automóvil sin permiso de su dueño.

El mecánico se sonrojó.

—Bueno, pero no se lo diga al propietario del garaje, tiene, un genio infernal y sería capaz de echarme a puntapiés de aquí.

—Conforme, Dave. Abra el coche, pronto.

Unos minutos más tarde, Rynfall ya sabía todo lo que deseaba saber desde el principio.

—¿El teléfono, Dave? —preguntó.

—Por aquí, haga el favor.

Rynfall habló unos momentos a través del hilo. A continuación, se dirigió a la joven.

—No está obligada a acompañarme, señora Ulhdin, pero me agradaría que viniese conmigo.

Samara aparecía muy pálida.

—Lo que usted diga, teniente —accedió.

Salieron del garaje. Caminaron unos cincuenta metros por la acera, hasta llegar al número indicado por el mecánico del garaje.

Momentos después Rynfall presionaba con el dedo al llamador de una puerta.

Un hombre abrió al cabo de medio minuto de espera. Sus ojos se dilataron por el asombro al reconocer a la pareja.

—¡Samara! ¿Cómo está, teniente? —exclamó Sam Ulhdin.

La joven apretó los labios. Por su parte, Rynfall contestó:

—Encantado de volver a verle, señor Stan Upton.

El rostro del cuñado de Samara griseó repentinamente.

—No entiendo… —balbució.

—Será mejor que hablemos adentro —sugirió el joven—. Por favor.

Aturdido y desconcertado, Ulhdin obedeció Samara y Rynfall penetraron a continuación. El joven cerró la puerta y luego se encaró de nuevo con el propietario del apartamiento.

—Señor Ulhdin, vengo a detenerle acusándole de haber cometido cuatro asesinatos, en otras tantas personas, cuyos nombres no quiero citar por sabidos de sobra. Le ruego no oponga resistencia; sólo serviría para agravar todavía más su ya crítica situación —terminó su requisitoria.

Ulhdin calló un instante. Era evidente que reflexionaba rápidamente, tratando de buscar una escapatoria.

—No creo una sola palabra de lo que ha dicho, teniente —respondió al cabo.

Impasible, Rynfall prosiguió:

—En el garaje que hay en esta misma calle está guardado un coche «Ford Mercury 62» en cuyo interior hemos encontrado un abrigo negro, con cuello de piel, unos zapatos del mismo color, femeninos, de tacón alto; una peluca negra y dos placas de identificación con la matrícula 2 MY —0730. Está registrado a nombré de un tal Stan Upton, quien reside precisamente en este misma apartamiento, según los informes adquiridos.

—Debe tratarse de una confusión —arguyó Ulhdin débilmente.

—Si le parece, haremos subir a Dave, el mecánico del garaje. Tal vez nos identifique a Stan Upton —dijo Rynfall.

Hubo un momento de silencio. En vista de que Ulhdin callaba, el joven continuó:

—Ignoro las causas por las cuales asesinó a Johnson y a Wasser, aprovechándose de las palabras que su cuñada pronunció hace tres

años en un momento de exasperación, pero sí, en cambio, sé por qué mato primero a Rick Blatt y luego a Lana Marjoln.

»Usted aprovechó la ocasión de que su cuñada se había ido al tocador de señoras, para salir del
Circle's,
tomar el coche de Samara y asesinar a Johnson. Al llegar a las inmediaciones de la casa de Johnson, se encasquetó la peluca, se remangó los pantalones hasta más arriba de las rodillas —ya llevaba puestas unas medias de mujer previamente—, se calzó los zapatos de mujer que igualmente llevaba prevenidos, colocóse la peluca y tras subirse el cuello del abrigo, esperó la llegada de Johnson, cuyos movimientos, me imaginó, debía haber estudiado antes con todo detenimiento. Descargó dos veces su revólver contra el cuerpo de su víctima, enrolló en su mano derecha el cabello de Samara que también tenía dispuesto, y acto seguido regresó al coche, realizando inmediatamente las mismas operaciones que antes, en sentido inverso, esto es, recobró su aspecto normal y volvió al
Circle's.

»Todo esto —prosiguió Rynfall—, no le ocupó más allá de un cuarto de hora, lo cual significa que volvió al
Circle's
más o menos cuando Samara salía del tocador. Ella, por supuesto, no sé dio cuenta; pensó que no se había movido de allí siquiera y no sospechó de usted.

»Pero Blatt, el barman, sí había observado su ausencia. Y Lana también. Blatt murió porque usted temió que si nosotros le interrogábamos hablaría sin presión de ninguna clase, declarando honestamente lo que había visto. Y en cuanto a Lana, quizá, más astuta, trató de hacerle un chantaje. ¿Qué mejor medio para librarse de un chantajista que cerrarle la boca para siempre?

El rostro de Ulhdin tenía la palidez de un muerto.

—Fue realmente un ingenioso ardid disfrazarse como Samara, dado que con tacón alto y vestido de esa manera, podía pasar por ella, en lugares poco iluminados. Claro que hay personas que dijeron, como el conserje de la casa donde vivía Blatt, que su voz sonaba de una manera extraña, cosa que el aludido achacó a que usted se tapaba la boca con el cuello de pieles, subido casi basta las cejas. Pero. —Rynfall continuaba expresando sus argumentos—,

aunque en teoría estaba bien achacar los crímenes a su cuñada, lo cierto es que no podía ser ella la autora, dado que no siempre iba a dejarse un cabello en la mano de sus víctimas, como huella inconfundible de su acción. La primera vez pudo pasar, pero no la segunda, señor Ulhdin. Y las pruebas que aguardan en su coche resultarán decisivas en contra suya el día que se celebre el juicio.

Rynfall hizo una pausa.

—Hay otra cosa también, secundaria, pero que no le favorece en absoluto. El Servicio de Inmigración nos dirá cuánto tiempo lleva usted en los Estados Unidos, señor Ulhdin; un plazo, me imagino, inferior al de los tres años que hace de la muerte de su hermano. ¿De dónde vino, en realidad?

—Creo que eso no tiene ahora una real importancia —contestó Ulhdin, rompiendo su silencio por primera vez—. Lo importante…

De pronto, con gesto repentino, sacó un pequeño revólver y encañonó a la pareja.

—Lo siento —dijo torvamente.

—Si piensa matarnos, le advertiré que todo cuanto he dicho es cosa ya sabida —exclamó Rynfall. Samara, asustada, se acercó al joven, quien pasó un brazo en torno a sus hombros con ademán protector.

Ulhdin sonrió.

—No soy tan tonto —habló—. Ya me imagino que no ha dado este paso sin antes comunicar a sus jefes el resultado de sus pesquisas. Bien, pero puede comprender fácilmente que yo he de tratar por todos los medios de escapar.

—Un argumento muy lógico —admitió el joven—. Una pregunta, por favor.

—Está bien, pero pronto —contestó Ulhdin.

—Los cabellos eran auténticos, es decir, habían pertenecido a la señora Ulhdin. ¿Cómo los obtuvo usted? ¿Se los pidió a ella?

—No. Hace tiempo, cuando empecé a planear lodo, le propiné un ligero narcótico. Durmió poco, pero lo suficiente para poder arrancarle unos cuantos cabellos sin que ella lo notará, los cuales guardé luego cuidadosamente para utilizarlos en el momento adecuado.

—¿Le dijo ella las amenazas que había proferido hacia los que engañaron a su esposo?

—Sí, hablamos del asunto en varias ocasiones —admitió Ulhdin.

—Y ésa fue la idea base para la comisión de sus crímenes.

—No tengo ganas de discutir más —gruñó el asesino—. Ya saben los dos bastante. ¡Apártense o tiraré a matar! —ordenó con salvaje acento.

Rynfall arrastró a la joven a un lado, dejando la puerta libre. Ulhdin retrocedió sin dejar de mirarles. Abrió con la mano izquierda y luego, antes de que Rynfall tuviese tiempo de reaccionar salió a la calle.

Samara dejó escapar un gemido.

—¡Qué horror, Dios mío! Bram, ¿permitirá que escape ese asesino?

Rynfall sonrió enigmáticamente. Soltándola, cruzó la estancia y se acercó a la ventana, dirigiendo la vista hacia la calle.

Momentos después, Ulhdin aparecía en la acera. Se acercó al coche que se hallaba estacionado junto al bordillo y se dispuso a abrir la portezuela.

—Dave ha cumplido bien lo que le dije —murmuró Rynfall entre dientes.

De repente, antes de que Ulhdin hubiese podido llegar al automóvil, varios hombres, algunos de uniforme, empezaron a converger sobre el coche desde distintos puntos de la calle. Todos llevaban una pistola en las manos y sus intenciones resultaban inconfundibles.

Ulhdin se detuvo en seco al observar la escena. Vaciló un momento y…

—¡No! —gritó la joven.

Rápidamente, Rynfall apartó a Samara de la ventana con ambas manos, justo en el instante en que sonaba una detonación. Sin poder tenerse en pie, Samara se derrumbó sobre un sillón próximo.

Rynfall se asomó de nuevo a la ventana. El cuerpo del asesino yacía de bruces en el suelo. Un pequeño charco de sangre se había formado debajo de su mejilla derecha y en la mano del mismo lado empuñaba aún el revólver con el que había eludido la acción de la justicia.

El sargento Stack miró hacia arriba. Rynfall movió una mano, haciéndole señas de que todo iba bien. Stack correspondió de análoga manera.

Rynfall se volvió hacia la joven.

—Samara…

Ella alzó los ojos. Sus facciones aparecían blancas como la nieve.

—¿Ha… ha…? —No se atrevía a terminar la pregunta fatídica.

—Sí —contestó él—. ¿Vámonos?

Samara asintió pesadamente y se puso en pie. No hizo la menor resistencia ni dijo nada cuando el joven la tomó por el brazo y la condujo hacia la puerta de salida.

Epílogo

Más nervioso que de costumbre, Bram Rynfall tocó el timbre de la puerta. Se quitó el sombrero, se lo puso otra vez y volvió a colocárselo, para terminar quitándoselo definitivamente con un inconfundible gesto de enojo contra sí mismo.

La puerta se abrió y la figura de Samara apareció ante sus ojos.

—Hola —sonrió la joven agradablemente.

—¿Puedo pasar? —preguntó él.

—Claro. Entre, no faltaría más. Deme el sombrero y el impermeable, por favor.

—Gracias.

—Vaya al saloncito y prepare usted mismo las bebidas —indicó ella—. En seguida iré allí.

Rynfall obedeció. Unos minutos más tarde aparecía Samara, ataviada de nuevo con aquel traje de estilo chino que tan bien le sentaba. En sus labios lucía una radiante sonrisa.

—Gracias —dijo, cuando él le entregó una copa—. Por su éxito.

—Es usted muy amable —respondió Rynfall en tono pensativo.

Samara observó el detalle.

—¿Todavía sigue preocupado? —inquirió.

—Hasta cierto punto —manifestó Rynfall—. Por supuesto, Eaker y Mac Nulty están detenidos. Los federales les apretarán las clavijas; quieren saber todo lo que hacían al vender los secretos de su fábrica a Sam Ulhdin, quien actuaba tanto de intermediario como de director del negocio en Gleasonville. Cuando los dejé, estaban tirándose los trastos a la cabeza y acusándose mutuamente de la muerte del profesor. Si primero pensaron lucrarse únicamente con los beneficios de la Gyroscope, después las cosas derivaron hacia un asunto de índole mucho más grave con la llegada de Sam Ulhdin desde Europa.

—Entiendo —murmuró ella.

—Según parece, tanto Johnson como Wasser eran personas decentes, al menos en este último aspecto. Por eso murieron, cuando Ulhdin empezó a presionarles, individualmente, claro está, a fin de evitar una denuncia inoportuna que hubiese dado al traste con sus bien meditados planes. Claro que hasta los planes mejor trazados se derrumban cuando intervienen factores ajenos a ellos, tales como Rick Blatt y la codicia de Lana Marjoln.

—Es cierto —convino Samara. Se estremeció—. Pero no le importó comprometerse gravemente.

—El sentimentalismo está estrictamente excluido de esta clase de negocios, Samara. Las imprudentes frases que usted pronunció hace tres años le sirvieron a las mil maravillas para trazar la base de su estrategia. Tardó tanto tiempo, porque estas cosas lo requieren, pero tarde o temprano hubiera terminado por hacerlo. Creo que eso es todo ya —concluyó Rynfall, tomando un sorbo de su vaso.

—Todo no —objetó Samara—. Antes dijo que estaba preocupado. ¿Por qué, si ha resuelto el asunto felizmente y ha ganado fama y honores? ¿Puede pedir algo más?

—Sí, desde luego. Una cosa.

Ella comprendió la intención de la mirada del joven y enrojeció.

—¿Está en mi mano concedérsela, Bram?

—Sí. Se trata simplemente de que conteste a una sencilla pregunta.

—Muy bien, hable.

—¿Qué hacía usted en casa de Wasser de seis y media a ocho de la tarde el día que asesinaron a Rick Blatt?

Samara demoró la respuesta unos segundos.

—Si le prometo ser sincera, y no tengo por qué mentir, usted, a cambio, ¿me promete creer en la respuesta que le daré? Si no piensa creerme, no hablaré, téngalo por seguro.

—La creeré, Samara —aseguró él, mirándola de frente.

—Está bien —sonrió la joven—. Ya le dije que Wasser era el único decente del cuarteto. Estoy casi segura, además, que no intervino para nada eh la muerte del pobre Alex. Los obsequios que me bacía y la pensión que me pasaba, ya lo sabe, eran como una especie de compensación por lo que yo había perdido.

—Siga, por favor.

—Pues bien, aquella tarde estuvimos hablando de un tema

interesante para mí. Wasser me dijo que tenía el propósito de plantearlo en la próxima reunión de ejecutivos de la Gyroscope. Sencillamente, quería que se me devolviese todo cuanto hubiese percibido Alex de haber seguido con vida. No hay más ni existe el menor motivo para recelar de mí.

Rynfall movió la cabeza.

—Entonces, sólo me resta pedirle perdón por mis suspicacias, Samara.

La joven sonrió encantadoramente.

—Listaba en su derecho al pensar de esa manera, Bram —contestó—. No se lo reprocho. —Jugueteó un momento con el vaso —. ¿No tiene más que decirme? —preguntó en tono malicioso.

—Pues, verá… En cierta ocasión —sonrió Rynfall—, usted me dijo que tenía ganas de que yo viniese a vería para hablar de temas que no se relacionasen con los crímenes. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente.

Rynfall dejó el vaso. Tomó la mano de la joven y la condujo hasta el diván.

—Éste es un sitio magnífico para hablar de nosotros mismos. ¿Le parece bien, Samara?

Los ojos de Samara brillaban de un modo singular al dar su respuesta, que, en realidad, era una pregunta:

—¿Empezamos ya la charla, Bram?

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.